



Aurora Gil Bohórquez

A pie de aula

Artículos sobre educación



A PIE DE AULA
(ARTÍCULOS SOBRE EDUCACIÓN)

A PIE DE AULA

(ARTÍCULOS SOBRE EDUCACIÓN)

AURORA GIL BOHÓRQUEZ



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General

© Consejería de Educación, Formación y Empleo. Secretaría General
Servicio de Publicaciones y Estadística

© Aurora Gil Bohórquez

ISBN: 978-84-691-6837-0

Depósito Legal: MU-112-2009

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Tipografía San Francisco, S.A.
tsf@ono.com

PRÓLOGO

Entre la sinceridad y el conocimiento

Escribir un libro sobre cuestiones tan ordinarias como la educación debe ser arriesgado. Primeramente, porque no siempre se dispone de cuantos conocimientos debiera querer abarcar un comunicador responsable; después, porque se expone a que los posibles lectores sean capaces de interpretar lo escrito como generalidad al uso, sin más trascendencia que lo ya sabido, y sin más riesgo que el autor quiera asumir. O sea que, desde el principio de la aventura, ya se sabe que lo único cierto podría ser que el lector no tiene entre las manos una de esas obras debidamente comercializadas, capaz de convertirse en un *best-seller* antes de su aparición.

No se trata de mostrar cierto pesimismo ante la publicación de este libro de Aurora Gil Bohórquez, ni pretendo plantear a nadie la interrogante sobre el valor de su contenido. Simplemente, ya desde el principio, intento ser realista, dada la dificultad de presumible influencia –que conocen los grandes editores y que aceptan los implicados en los procesos educativos– que pueden ejercer en el mundo las obras relacionadas con la educación. Pienso –y lo digo así de claro– que algo tan importante para una nación, para una autonomía, para una ciudad o para cualquier pueblo, como el sistema educativo, ha entrado en un proceso de regresión, aceptado con la mayor naturalidad, y evidencia, porque los escolares actuales o quienes finalizan sus estudios universitarios demuestran unas carencias que, si echamos la vista atrás, nos parecerían impensables hace algunos años. Desde el ámbito laboral en que uno desarrolla su profesión, advierte una falta de cultura elemental, a la que hay que sumar un desinterés generalizado por asumir y llenar unos vacíos de necesarios contenidos. La propia autora de esta obra llega a afirmar

que “no se valora la sabiduría ni los conocimientos” y “no se aprecia la cultura, ni la ciencia ni las artes (...). Y no es cuestión sólo de presupuestos”.

Debo dejarme, sin embargo, de tanto planteamiento melancólico, para exponer otra faceta, más motivadora, que, por lo leído, debe empujar la función educativa de Aurora Gil Bohórquez. De no existir una responsabilidad constante hubiese sido inexplicable que ella haya acudido a su frecuente cita con las páginas del diario *La Verdad*, en las que ha publicado los artículos que integran este libro. Diría que más que la responsabilidad de la cita, lo que importa es el valor de un contenido variado, comprometido y siempre oportuno, de acuerdo con la problemática que el mundo de la enseñanza nos ha ido mostrando, con sus avances, sus retrocesos, sus cambios, sus proyectos... Un repaso acelerado por el índice nos lo demuestra. Luego hay que serenar los instantes para percibir la dosis de reclamo que los artículos de Aurora contienen. ¿Cómo se atreve a escribir que “no se valora la sabiduría ni los conocimientos”, y “no se aprecia la cultura, ni la ciencia ni las artes (...). No es cuestión sólo de presupuestos”? ¿Cómo es tan osada para decir que las bibliotecas escolares están “necesitadas y abandonadas”? ¿Cómo escribe: “lo malo es que el maestro, o el profesor no tenga la idea clara de qué, cuándo, y cómo hacer con esto de la ortografía”? Redaños y compromiso hay que tener, para aguantar esa mirada crítica frente a los problemas elementales, pero tan trascendentes para el futuro, que corroen el ámbito en el que se desarrolla el trabajo de Aurora, la autora de este libro.

Así podríamos ir puntualizando muchos de los artículos, porque el protagonismo es muy diverso. Se plantean los problemas que atañen a los alumnos, pero también el que, pese a su presumible superioridad, sufren los profesores. Se expone la necesidad de incitar a los niños a que se sumerjan en la lectura, y no se rehúye el manifiesto fracaso escolar. Se pide convivencia, como método exquisito para eliminar la violencia en las aulas, o si es necesario el uso del uniforme escolar. Es, pues, un hilvanado consecuente de la problemática tan dispar en que se debate el mundo de la educación.

Se habrán publicado libros sustanciosos sobre cuestiones educativas y tesis que agoten los contenidos sobre la materia. Pero sin ser tan valiente como Aurora en el momento de emitir juicios, sí me atrevo a concluir con lo ya expresado anteriormente: raras veces encontrará el lector –le preocupen más o menos las cuestiones tratadas– una recopilación de artículos sobre educación de un modo tan sincero y con tan alto conocimiento de causa.

Mariano Caballero Carpena

(Director adjunto de *La Verdad*)

1 . A L U M N O S

¿Todos iguales?

Hay un anuncio en la tele que trata convencernos de que cada uno de nosotros es único y diferente al resto de los mortales, y en cierto modo, tiene razón. Cada uno es cada uno, y tiene sus cadaunitas, que decía mi abuela, por no ponernos serios y citar a Ortega. Pero también están las coincidencias –o circunstancias– que nos agrupan y unifican: mujeres/hombres; europeos/americanos; gordos/flacos; con hijos/sin hijos; playa/montaña; PSOE/PP, Real Madrid/Barcelona, etc. etc. Los que a diario tratan con mucha gente saben de estas diferencias y nada más hay que observar un poco a la gente –en un consultorio de la Seguridad Social, en la cola de la pescadería, en un autobús urbano– para darnos cuenta de la disparidad a simple vista: hay quienes saludan, quienes gruñen, quienes pretende imponer su idea, quienes se saltan los derechos de los demás, quienes protestan por todo...

Imaginen ahora una clase: treinta adolescentes –por poner una edad que tiene añadidas concretas complicaciones– que son treinta mundos en ebullición; cada uno de su padre y de su madre, y con intereses, capacidades, vivencias, ilusiones, actitudes, conocimientos distintos. Bien educados unos, sin normas sociales otros; habladores y retraídos; perfeccionistas y pasotas; olvidadizos y atentos; con faltas de ortografía, sin ellas; lectores o no lectores, con suspensos anteriores o con buenos expedientes; deportistas o incapaces de dar una voltereta... Y no sigo porque sería interminable. Treinta mundos distintos, en ebullición, encerrados en un espacio bastante limitado, durante seis horas al día, cinco días a la semana. Obligatoriamente. Está claro que hay que buscar determinadas afinidades intelectuales a la hora de su agru-

pación para que la clase sea mínimamente gobernable y para que todos puedan alcanzar unas metas comunes sin excesivas dispersiones ni adaptaciones de las llamadas curriculares, inviables si son abundantes y heterogéneas. Es verdad que el interés por una materia u otra ya unifica algo a una parte de los alumnos del último curso de la Secundaria Obligatoria –física y química, matemáticas A, segundo idioma– pero la práctica nos ha ido diciendo todos estos años de LOGSE que es necesario diversificar aún más. Adaptarnos a las realidades. Por el bien de todos: para no dar gato por liebre; para hacer descender los índices de bajas laborales entre el profesorado; para no caer en las tremendas cifras del fracaso escolar. No se puede mantener la utopía de que todos los jóvenes son iguales, amantes todos del saber intelectual, porque hay quien ama la mecánica, o la jardinería, o los ordenadores y no están por perder el tiempo con la historia, la literatura, la gramática o las ciencias naturales. No pasa nada porque algunos, en su escolaridad obligatoria, no aprendan a analizar una perífrasis verbal o una oración subordinada. Por no saber las características de la poesía barroca o las instituciones que los Reyes Católicos crearon para la conquista de América... Pero esos conocimientos no hay por qué negárselos a otros. Tengo alumnos tri-repetidores que son unos auténticos especialistas en informática, pero no van a obtener sus títulos en Educación Secundaria ni podrán hacer el año que viene un módulo de formación profesional porque nunca aprobarán las matemáticas, el inglés o la historia de la ESO... Ni en junio ni en septiembre. No distinguen siquiera un complemento directo de un atributo, y eso, ay, ay, es muy grave tal y como están las programaciones y los contenidos mínimos... Y más grave si el compañero de banco que sí lo sabe, y que se ha esforzado en aprenderlo, se entera de que el que no lo sabe, y ha estado todo el año enredando y molestando y no dando pie con bola, ha aprobado y obtenido su título.

Existen los cursos de Diversificación, que recogen a pequeños grupos de alumnos con interés y buena conducta que no han desarrollado las capacidades que les permiten llegar a unos mínimos. Una minoría. Pero aún quedan en los centros muchos otros alumnos sin criterios clasificatorios y unificadores, todos en el mismo saco de una clase, todos tratados con el mismo rasero y las mismas pautas evaluadoras. ¡Todos iguales! Todos dirigidos hacia la puerta del bachillerato. Todos los grupos de 30. Y entonces ocurre lo que está ocurriendo: que las clases cada vez se parecen menos a eso, a una clase, cada vez más complicado el arte de la enseñanza.

Hay defensores de esta absurda e insostenible igualdad, que está destruyendo la educación obligatoria: ven en los itinerarios guetos de malos alumnos. ¿Por qué malos, si es que simplemente tienen aspiraciones e intereses distintos? ¿Cuántos de

estos alumnos no están atendidos, se quedan sin título y sin posibilidades de seguir con una formación laboral? No quiero pensar en que sea una postura partidista y que obvien la realidad de las aulas, que no es de derechas ni de izquierdas.

Junio, 2004

Uniformes

Con las idas y venidas del péndulo de la historia, volvemos a toparnos estos días con el uniforme escolar. En muchos centros –públicos, concertados, privados, de infantil, primaria, secundaria...– se han vuelto a plantear la necesidad de unificar los atuendos de los alumnos, cada día más caprichosos y con frecuencia nada apropiados para estar en el aula. Así se matan varios pájaros de un solo tiro...

En las casas, las discusiones mañaneras del qué me pongo, esto no me gusta, esto me lo puse el lunes, no tengo nada que ponerme, eso no te lo pongas para ir al instituto, yo me visto como quiero... Y encima, resulta mucho más barato al gasto familiar comprar un par de juegos de “quita y pon” que modelitos variados para todos los días de la semana.

En los centros cambiaría el penoso panorama de ver alumnos en bañador en clase de Historia, Lengua o Filosofía, o de verlos en camiseta de tirantes de amplias sisas, de esas que parecen ropa interior, sobaquillos al aire y tatuaje en el hombro. Desaparecerían los enormes deportivos reflectantes, y los numerosos ombligos, adornados con *piercings* variados y las braguitas de colores que se asoman sin pudor alguno, en invierno y en verano, por debajo de la cintura de bastantes chicas, cada vez más caídos los pantalones. Dejaríamos de ver en el aula la moda siniestra de las camisetas negras con mensajes de violencia en la espalda, los rotos y los escotes y hasta las transparencias, que algunas hay entre los más atrevidos. Se eliminarían las comparaciones entre los propios alumnos, qué guay va fulanito, las zapatillas cuestan ciento veinte euros, cómo va ése, con los horteras no me junto, los pantalones de

ésta son marca la pava, qué horror, aquel siempre viene con lo mismo, qué guarro... De un plumazo, con el uniforme, montones de comentarios discriminatorios sobre la ropa que llevan unos y otros desaparecerían de las conversaciones habituales y andarían mucho más camufladas las tendencias y gustos de cada cual, y también, claro está, más camuflado el poderío económico del que alardean y presumen algunos aficionados a las marquitas y a lo más caro del mercado –luego, protestan si es que hay que comprar un libro–.

Pues adelante, han pensado atrevidos padres y profesores: eliminemos problemas de las aulas y discusiones familiares. Pongamos el uniforme, acuerdan. Resulta, además, ya lo hemos dicho, mucho más barato. La decisión de unos se traslada a otros y el uniforme, implantado ya en numerosos centros madrileños, llega a ser noticia del telediario con todo lo que está cayendo. ¿Por qué los escolares no van a ir vestidos con un distintivo que los unifique? ¿No van de uniforme los jugadores de fútbol, tan elegantes y tan igualitos todos cuando viajan a sus competiciones? La disciplina que falta puede empezar a surgir por la vestimenta –ya lo pensaron los frailes, el hábito hace al monje, ¿o era al revés?–. Pero se vuelve, ay, qué falta de imaginación, a los modelos sexistas de antes: pantalones grises para los chicos, jerséis granates, camisas blancas para todos y ¡faldas tableadas de cuadritos para las chicas! ¿Pero quién va hoy a clase con faldas? Esta mañana me he fijado y no he encontrado a ninguna alumna en mi centro que la llevara. Las faldas no existen en las aulas, o muy rara vez se las ponen para ir a clase. ¿Por qué imponerlas con el uniforme? ¿Para dar un toque a la feminidad, falsamente entendida? ¡Qué ganas de que se vuelvan a repetir esquemas pasados! Si unos simples vaqueros, unas camisas de rayas, un suéter a juego y unos mocasines bastaría para unificar ese caos de vestimentas que ahora nos invade.

Octubre, 2002

Hacer un calvo

Parece que estamos ante otra forma masculina –y digo masculina porque por ahora es cosa de hombres– de mostrar entusiasmo, agradecimiento, simpatía, énfasis o cualquier otro sentimiento del signo que sea; consiste en bajarse los pantalones y calzoncillos y enseñar el trasero al personal que está por allí cerca. Lo acabo de volver a ver como noticia en un telediario: un deportista de *snowboard*, ganador de saltos acrobáticos en la nieve, no supo mejor manera de mostrar su contento al público que le aplaudía que bajarse los pantalones, mostrar en pompa el culo a la cámara de televisión, y saltar con los glúteos al aire... (Nadie le afeó el arrebató, ni los jueces de la prueba le han cuestionado el título por eso. ¡Faltaría más, estaba tan natural, con el frío que hacía!)

No es la primera vez que el alborozo extremo se desliza hacia esos arranques de despelote; lo hemos visto en los campos de fútbol, siempre con una cámara cercana –tal vez acordada previamente la insolencia–; lo hemos visto en manifestaciones festivas, sobre todo si son rompedoras y perdularias y van acompañadas de alcohol y otras sustancias desinhibidoras. Lo hemos visto en edificantes programas de televisión, tipo “Crónicas marcianas”... Pero la gracia, de gusto incuestionable, empieza a tener su punto de preocupación y hasta tendrían las autoridades de la ética y de la estética –si es que existen esas autoridades en los medios– que tomar cartas en el asunto. Porque todo lo que sale en la televisión, y más si se considera noticia graciosa y atrevida, un gesto simpático, vaya, es patente de corso para muchos alum-

nos y para sus papás. Y ante los gestos espontáneos y repetidos en la televisión no hay cordura didáctica ni educativa que valga.

Pues resulta que ha llegado a la ESO esa moda difundida por las cámaras de bajarse los pantalones, moda bautizada con nombre y todo: *hacer un calvo*. Empieza a ser frecuente en las excursiones o en los trayectos en autobús: muchos de ustedes lo habrán comprobado si han tenido la fortuna de estar conduciendo detrás de un transporte de escolares en la carretera; los que van en los últimos asientos, no sé cómo se las apañan, pegan al cristal las carnes de sus posaderas y las mueven a ritmo acompasado para entretener a los que van detrás; claro que no hace falta que estén al final, bien es cierto, los hemos vistos enseñar las nalgas a través de las ventanillas laterales cuando los adelantamos, o cuando estamos esperando que un semáforo se ponga verde, sin que sus profesores se enteren de nada o eso parece, que ya se cuidan los chicos en algunos casos de hacer las burlas con disimulo y discreción. Pero es que ya hay quien en clase, ante una llamada de atención del profesor, se levanta con dignidad de fastidio y con parsimonia estudiada –eso sí se estudia y se ensaya– se baja los pantalones del chándal –para eso es mucho mejor el chándal que los vaqueros– y tras un medio giro abomba el rulé ante la estupefacción inicial del docente y de unos cuantos compañeros. Entre risotadas de otros, se vuelve a su sitio y como si tal. Aquí no ha pasado nada. Ay, como alguna sanción –siempre será injusta a los ojos de la mayoría– le caiga al *nalqueante* quinceañero.

¡Pero qué profesor tan quisquilloso!

– Si es de lo más normal, que sale en televisión y todo. ¿No lo ha visto usted? –justifica la madre–, si esta tontería de bajarse los pantalones la hace desde que estaba en preescolar y nunca le han reñido; si en casa casi nos morimos de risa cuando nos hemos enterado de que todavía sigue haciéndolo. Qué ridiculez que se enfade, cómo lo van a expulsar un par de días por una broma de nada.

Y así nos va. A cualquier cosa llaman “broma de nada”. El mundo de los valores educativos está envuelto en confusiones semejantes, debilitados los conceptos del respeto hacia todo lo que rodea el hecho de enseñar. No sé si la aún no estrenada Ley de Calidad logrará enmendar estos entuertos, pero la sociedad entera debería dar un cambio de rumbo a su trayectoria moral, aunque tal vez sea más divertido hacer un calvo.

Enero, 2003

Entre la Juani y la Laura

La Juani y la Laura. ¿Las conocen? La Juani es la protagonista de la última película de Bigas Luna, “una hija del brutalismo ibérico por un lado, y el glamour de la periferia por el otro”, como dice el propio director. (Y eso del “glamour de la periferia” no lo pierdan de vista, que lo va invadiendo todo). La Laura, protagonista de un anuncio que circula en Internet, es su antípoda: encarna a una jovencita modosa y cándidamente feliz; disfrazada de años cincuenta baila una canción cursi sobre los valores de la pureza. La Juani viste de negro, top ajustado al pecho en bandolera, que deja hombro y barriga al aire; tanga asomando por delante y por detrás, tatuaje en la cintura, chicle en la boca, pintura negra en los ojos, rojo intenso en los labios, y enormes aros de plástico en las orejas, además de cadenas al cuello, pulseras de pinchos y guantes sin dedos. La Laura lleva un holgado jersey azul celeste de manga larga y una falda blanca de vuelo hasta media pierna. No usa maquillaje alguno, ni colgantes ni pulseras y su melenita natural ondea al viento. La Juani tiene el gesto adusto y malhumorado, mientras que la Laura sonrío sin saber de qué. La Juani tiene una amiga semejante a ella, La Vane; y un novio, el Jonah, violento y celoso, que no pierde ocasión de sexo; pelo cenicero, enormes anillos, y ademanes chulescos. La Laura tiene también una amiga semejante a ella –realmente Laura son las dos, la de celeste y la de rosa pálido–; y un novio remilgado, con cara de no haber roto un plato, cariñoso y de sólida conciencia, que pregona su amor y castidad hasta el matrimonio. La Juani se anuncia con espasmos de luz discotequera y chan chan bakalaero; la Laura con meliflua melodía chin chin y coro lalá, lalá.

La Juani no llegó a terminar la Secundaria Obligatoria y nunca ha entrado –ni entrará– en una biblioteca. A ella lo que le gusta es salir de marcha nocturna con la panda, y conducir un coche tuneado y ruidoso rozando lo prohibido por la ley. La Laura se entretiene con los crucigramas y disfruta en las excursiones campestres. Habrá hecho algún curso de cocina y/o de corte y confección, que más no necesita. La Juani quiere triunfar en televisión sin esfuerzo, por la cara. La Laura no contesta o no responde a esa cuestión del futuro: su historia termina con el y *se casaron y fueron felices*, aunque se pueda uno imaginar que va de cabeza a desempeñar el papel de una abnegada ama de casa con familia numerosa.

Dice Bigas Luna que la Juani es la representación de la chica de hoy: rebelde y libre, que hace lo que se le antoja. Y que cada vez hay más Juanis en las ciudades españolas, parece que alegrándose del triunfo de la zafiedad y la incultura, por muy naturales y espontáneas que sean. Porque realmente es bastante penosa la invasión de las Juanis en el panorama de la juventud. ¿Las han visto los jueves, los viernes, los sábados... en grupos por los alrededores de los *pubs*? Los institutos están llenos de Juanis, cada vez más jóvenes y más miméticas, preocupadas casi exclusivamente por el aspecto, la dieta, los tops, el canalillo del pecho asomando por el escote, las uñas pintadas y el ombligo agujereado. Botellones, discotecas, y un móvil de última generación con el que enviar mensajes al chico de turno, cuando no probando sustancias nocivas –el 30% de las jóvenes menores de 16 años ha probado el *cannabis*, leo en la prensa–. Decía Bukowski que “la vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles muy probablemente evitó que me convirtiera en un suicida, un ladrón de bancos, un tipo que pega a su mujer...”, que aquella biblioteca estaba allí cuando era joven y buscaba algo a lo que aferrarse... Nuestras Juanis no se han encontrado con ninguna biblioteca en su corta vida; y se aferran a lo que pueden, a los éxitos de la televisión, operaciones triunfos y grandes hermanos, todo por no ser excluidas –nominadas– de la grey.

La Laura, afortunadamente, no existe más que como un *revival* virtual de lo que alguna vez se pretendió que fuera la mujer, y la cancioncilla que tanto éxito está teniendo –amo a Laura– ridiculiza la moral melindrera. Pero lo triste del caso es que, aunque el péndulo se haya ido al otro extremo, los dos tipos de mujeres, aquellas Lauras y estas Juanis, se unen en unos comportamientos serviles y castrantes. Las numerosas ataduras que imponen los tiempos y las modas, siguen constriñendo la libertad de las Juanis... Y no son felices, ni tampoco comerán perdices.

Octubre, 2006

Tangas, ombligos y normas

La polémica está servida: poner unas normas sobre la vestimenta de los estudiantes en las aulas de los institutos públicos franceses ha levantado la voz de algunas conciencias auto-consideradas liberales y acusan de puritanismo retrógrado y de intransigencia suma a los responsables de las mismas. Supongo que habrán seguido la noticia: resulta que los directivos de algunos centros franceses, dado el cariz que está tomando la moda juvenil –pantalones de tiro escaso que dejan asomar ropa interior, pedazo de barriga y trozo de espalda– han prohibido a los estudiantes asistir a las aulas vestidos de tal guisa. Les recomiendan una ropa más normalizada y unos pantalones que lleguen hasta la cintura. Y claro, las reacciones en contra llenan los espacios de los telediarios, siempre muy preocupados sus periodistas por los temas educativos. ¡A quién se le ocurre en pleno siglo XXI venir ahora poniendo cortapisas a la forma de vestir de cada joven! El presentador de turno se escandaliza de la medida vestidito con chaqueta oscura y discreta corbata, tal vez obligado a tan convencional atuendo. A él es posible que le gustara, mientras dice las noticias, lucir brazos y sobaquillos con camiseta sin mangas estilo Ricky Martin, con cadenas y cruces colgadas del cuello, montones de anillos en sus dedos, pero ¿no se atreve, no le dejan o es que aprendió que cada lugar y momento requiere una indumentaria apropiada?

He leído en **La Verdad** un divertido y estupendo artículo de Elena Conde Guerri sobre este mismo tema, *Jóvenes sin discernimiento...* Y me pregunto, ¿quién enseña en los tiempos que corren a los jóvenes a discernir sobre estas cuestiones? ¿Son los

padres? ¿Cada mañana observan las ropas que se ponen sus hijos adolescentes para ir a clase, no cejan ante los enfrentamientos diarios, razonan con ellos, y además les obligan a desayunar como Dios manda? (el 90% de los alumnos adolescentes no desayuna antes de ir a clase) ¿Ayudan a discernir los programas de televisión de alta audiencia, vistos, comentados y casi aprendidos de memoria por los jóvenes, como O.T., G.H., C.M, de los que hablan con una familiaridad asombrosa?

A los centros de enseñanza se les ha ido añadiendo competencias educativas, cada vez más, en vista de que los medios de masas están para otras cuestiones, y de que muchas familias o no tienen tiempo o han tirado la toalla –no puedo con mi hijo es queja habitual–. Y así, además de la enseñanza de las matemáticas –que están resentidas– los profesores deben ocuparse de la formación de una conciencia ecológica, de la creación de hábitos de higiene, de la educación vial, de la sexual, del consumo responsable, del reparto de tareas en el hogar... hasta lograr que todos los alumnos lleguen a ser buenos ciudadanos democráticos. Supongo que en las ristras de competencias están incluidas algunas orientaciones sobre urbanidad y el saber estar –los adolescentes no saben hablar de “usted”, por ejemplo, y he leído que en Cataluña hay gran demanda de dependientes: los jóvenes no saben dirigirse a los clientes de manera respetuosa y educada–. Así que indicar cómo deben asistir vestidos a clase se está convertido también en un nuevo desafío educativo, sobre todo, si vemos que muchos confunden el aula con la discoteca playera, con una cancha de baloncesto o con una pasarela Cibeles cualquiera. Pero, ay, las normas están muy mal vistas, tienen cargas negativas y se asocian enseguida con tiranía, intransigencia y derecha política. E implantarlas, aunque sean razonadas y razonables, puede costar un disgusto a los que las impongan.

Les haré una pequeña confidencia: cada año, desde hace unos cuantos, me temo lo peor al comienzo del curso: salir de titular en los periódicos: *Una profesora prohíbe a sus alumnos que vayan en bañador a su clases de Lengua y Literatura. ¡Con el calor que hace!* Y es que yo les doy a mis alumnos, por escrito, junto a los objetivos que pretendemos alcanzar y los contenidos que vamos a trabajar durante el trimestre unas normas de saber estar en el aula, entre ellas algunas referidas a las vestimentas. Menos mal que por ahora los padres siempre han firmado su conformidad... La batalla no está del todo perdida, a pesar de lo que acabo de oír en el tele-diario.

Octubre, 2003

2 . P R O F E S O R E S

Dr.: no soy nadie

Ese pobre señor que piensa que el psiquiatra no le va a abandonar a su suerte –hasta el aire acondicionado deja de funcionar– es un profesor de ESO de centro público. Sí, un auténtico y real profesor de ESO, no sólo laboralmente quemado con el síndrome de Burnout, sino hecho ya un guiñapo insignificante e invisible de por vida. He llegado a esta terrible conclusión después de sentir desasosiegos varios e incomprensibles cada vez que el anuncio invadía mi cuarto de estar. Claro, mi subconsciente no quería de ninguna manera identificar a ese sujeto abatido e inseguro con la imagen carismática y la arrolladora personalidad de los docentes de antaño. Pero les cuento.

Hoy, un profesor de ESO llega al aula y no sobreviene el silencio respetuoso ni los alumnos se acomodan en sus sitios con la ilusión expectante de lo que van a aprender en la clase. No. Cada uno de los treinta sigue absolutamente a su bola: aquellos asomados a la ventana gritando a todo gritar cualquier insulto a los que están abajo, escupiendo si se tercia; éstos peleándose medio en broma medio en serio; otros persiguiéndose entre las mesas, tirando de paso alguna silla; unos pocos saliendo al pasillo y entrando y volviendo a salir atropellando en su caminar rápido a los que hablan en un corro... Y llega el profesor –sobre todo si está de guardia– : nadie lo ve; y nadie lo oye; y nadie lo mira; y nadie le hace el maldito caso. Respira hondo. Se acerca como puede hasta su mesa, generalmente con huellas de enormes pisotones –los chicos tienen unos pies enormes y gustan pisar la mesa del maestro con sus deportivos de suelas estrambóticas –. El sillón de plástico negro está blan-

co de tiza, que un poco antes han estado sacudiendo en él los borradores. Deja sus libros y carpetas y vuelve a respirar hondo. Mira a sus alumnos de ESO. Doce, trece, catorce años... Ha pasado un curso académico y no se les nota nada que son ya ocho o diez años escolarizados. Ellos llevan bañadores, o pantalones cortos de deportes, camisetas sin mangas. Ellas, las barrigas al aire, *piercing* en el ombligo, tirantes transparentes, generosos escotes. Sólo dos o tres han empezado a sentarse, hablando y riendo, disimulando el interés. Las palmadas disuasorias nadie las escucha. Los golpes en la mesa, tampoco. El saludo pasa desapercibido en el guirigay general. Los ceros y las tímidas amenazas –llamar a los padres– no asustan a nadie. Quince minutos, o veinte, tienen que pasar hasta que consigue que todos se coloquen en sus sitios, que recojan los papeles del suelo, que alineen las mesas. El semblante está demudado tras la batalla librada, su voz ronca, su autoestima por los suelos. Comienza otra lucha, igualmente perdida de antemano: unos no se han traído los libros; otros han confundido las libretas; nadie ha hecho los ejercicios; ninguno recuerda nada de la clase anterior. A casi nadie le interesa lo que dice, sea un problema de matemáticas, una lección de geografía, un episodio de la historia, unas frases en inglés, o un juego con el diccionario... Mientras intenta explicar algo, recrimina al que está pellizcando a la compañera, reclama la atención de los distraídos, impide salir a los que tiene sed, hace callar a los que hablan, contesta al que, a gritos, acusa a su amigo de cogerle el móvil... Toca el timbre: no hay tiempo para despedidas ni conclusiones. Un resorte ha hecho que los treinta se levanten de golpe y continúen con las conversaciones a voces, las carreras entre las mesas, las salidas precipitadas al pasillo, el bullicio incontrolado.

El profesor va caminando cada vez más invisible hasta el aula siguiente. Un día y otro, desde septiembre a junio. Y vuelta a empezar. Sus conocimientos no interesan a la mayoría de sus alumnos; sus estrategias didácticas apenas las puede poner en práctica. Sus ideales educativos, ¿trasnochados?, no aparecen en los programas de televisión. Los padres han tirado la toalla y huyen de normas y reglas familiares de educación que les puedan crear conflictos. ¿Qué el niño quiere hacerse un tatuaje? Pues que se lo haga. ¿Qué quiere la moto? Pues se la compran. ¿Qué regresa a las cuatro de la mañana? Pues que regrese. ¿Qué se pone un atuendo discotequero o playero para ir a clase? Pues que se lo ponga... ¿Qué contesta de malas maneras a un profesor? Pues se lo tendrá merecido, no faltaba más; a ver quién es un profesor para enmendarle la plana a nadie, y menos a su hijo.

Con todo esto que les cuento, que no es exageración, supongo que comprenderán porque el señor del anuncio, qué lástima, es un profesor de ESO. No somos nadie. Y nuestra esperanza está en las consultas de psiquiatría.

Junio, 2003

Ser Profesor

No hace mucho, a principio de curso, razonaba ante mí, un tanto imprudentemente, una alumna de 2º de bachillerato que estaba apunto de elegir su futuro profesional: “si hago la carrera que me gusta, acabaré siendo una triste profesora de instituto de pueblo, con una birria de sueldo que me dará para poco lujos; tendré unas pésimas condiciones laborales, porque no han avanzado con los tiempos las condiciones laborales de los profesores, ni son parecidas a las que tienen otros funcionarios del mismo nivel en otros ministerios: ni siquiera tendré en mi trabajo una mesa para mis cosas, ni un ordenador personal, ni un teléfono, ni un micrófono que me proteja la garganta; frío en invierno y calor insufrible a partir de mayo... ¿Qué funcionario aguanta trabajando este calor que hace hoy? Mi padre es administrativo, y no se ofenda, está mejor que usted. Si soy profesora tendré que soportar a un montón de alumnos que pasarán totalmente de lo que yo les explique, a los que no les interesará nada aprender, que me pondrán motes y se reirán de mí, que me contestarán mal y hasta puede que me insulten o me peguen. Eso, si no lo hacen sus padres también. Y encima tendré que aprobarlos y no se les puede castigar. ¿Estudiar tanto para eso...? ¿Preparar una oposición para terminar manteniendo el orden en el patio, y en los pasillos, y hasta vigilar en los aseos, peor que un guardia, a voz en grito? ¿Cinco años de carrera, más los que tarde en sacar la oposición, para eso? Sí que hay dos meses de vacaciones, pero no me compensan. Prefiero cualquier otra cosa a ser profesora, aunque tenga que estudiar lo que no me guste.”

Sí, visto así, mejor que fuera otra cosa.

Nadie en sus cabales quiere estar en esta guerra: ahora hay necesidad de soldados y tienen que reclutarlos entre los extranjeros; en unos años habrá necesidad de docentes y habrá que sacarlos por arte de magia. Ya está pasando en algunos países de Europa: no hay quien quiera ser profesor. Está pasando, o ya ha pasado a la historia la imagen venerable y admirada del viejo profesor que enseñaba y que imponía unas normas de disciplina en sus clases, que ejercía su autoridad y su cometido.

Hace unos días ha habido un intento reivindicativo de la profesión, un manifiesto, un pequeño paro simbólico de media hora..., pero los aires que se respiran en la calle están más en la línea de esta alumna que no quería ser profesora. Sus argumentos tan contundentes, y tan realistas, ratifican el menosprecio generalizado en el que ha caído la profesión del docente. No se valora la sabiduría ni los conocimientos. No se aprecia la cultura, ni la ciencia, ni las artes... Mucho menos la imposición de unas normas de convivencia y respeto. La enseñanza lleva años cayendo en un pozo negro, entre bandazos políticos y reales decretos, con la desesperanza de muchos docentes y ante la pasividad de la sociedad. Y no sólo es cuestión de presupuestos, aunque también.

Habrà que poner un remedio.

Con alguna frecuencia les digo a mis alumnos que no hay actividad social más importante que la que llevamos nosotros entre manos en ese momento de la clase, cuando están aprendiendo algo. Sonríen satisfechos, pero no se lo terminan de creer.

Febrero, 2005

Pizarras de Plata

No sé yo por qué se tienen que llamar Pizarras de Plata y no Pizarras de Oro los galardones que anualmente entrega la Consejería de Educación de la Región de Murcia a los docentes y a otras personas que destacan en el ámbito de la enseñanza. Puestos a premiar, el oro tiene todas las connotaciones a su favor, mientras que la plata conlleva la idea de segundo puesto, de sí pero no, y hasta de senectud, por eso de asociarlo con el famoso tango aquel de las sienas plateadas. Además, que estas Pizarras de Plata se entregan, sin duda alguna, a los campeones; a los más destacados; a los auténticos oros olímpicos de la maratón con obstáculos que es esta profesión de maestros y profesores en los días que corren. Y se entregan independientemente de la edad y de las canas que tengan, aunque muy bien entregadas están también las que reciben los jubilados del año, faltaría más, un pequeño reconocimiento después de haber dedicado toda una intensa vida laboral a sus alumnos. Porque la enseñanza es una actividad intensa, de eso no hay duda. Pues eso: yo abogo por los oros en cada una de las especialidades que se contemplan, como en las Olimpiadas y en los campeonatos, o como en cualquier premio que se precie: garbanzo de oro, antena de oro, micrófono de oro, o aguja de ídem...

Hecha esta primera observación sobre los apellidos metálicos de las Pizarras, que ya digo, no sé por qué lo de plata, lo que realmente quiero decir es que me parecen unos premios tristemente necesarios, a los que habría que dar mucho más pábulo que a cualquiera de los otros premios que otorga la sociedad a sus miembros destacados. Tal vez a base de reconocimiento público, de premios, de valorar un trabajo que pasa

muy desapercibido, se logre otra vez iluminar el prestigio que envolvía a maestros y profesores, allá en los primeros años de escolarización, y se restituya la dignidad perdida de esta profesión que hace aguas por tantas partes. Que la sociedad, así en general y en abstracto, no valora a sus maestros, ni los aprecia en su justa medida, es un hecho bastante evidente, y que viene a demostrar que tampoco se considera esencial la formación de sus propios ciudadanos, lo que resulta mucho más grave aun. El respeto hacia los profesores se perdió cuando dejaron de apreciarse socialmente las normas de educación. La cortesía pasó al mundo de los cursis. Y los buenos modales se perdieron en el compadreo, aunque ahora, casi extinguidos, vuelven a impartirse en escuelas exclusivísimas. Es normal hoy ver a los más destacados dirigentes políticos insultándose, utilizando expresiones barriobajeras y denigrantes para dirigirse unos a otros. Lo hemos visto en la reciente campaña electoral y hasta en el mismo Congreso de los Diputados. El por qué no te callas se ha repetido en numerosos centros educativos de todo el país desde que lo dijera el Rey: lo han dicho a su profesor, con sorna desagradable, en mitad de una explicación, alumnos disruptivos que aprovechan cualquier ejemplo de los muchos que ven a lo largo del día para trasladarlo al aula. Las conductas se imitan, dicen los estudiosos. Toda la tribu educa, viene a decir Marina. Pero la tribu actual parece que no está por la labor ni es consciente del poder educativo que está desaprovechando... El trabajo de los profesores se está convirtiendo en una actividad a contra-corriente, cada vez más complicado y peligroso el trato con los alumnos, porque las normas mínimas de educación son cada vez más desconocidas; realmente no se sabe qué es eso del respeto; y la disciplina, una herramienta imprescindible para el aprendizaje, no se puede apoyar en los valores familiares, que están en crisis profunda. ¡Un panorama verdaderamente desolador! Una realidad preocupante que llena de profesores las consultas de psiquiatría y que ahuyenta de las aulas a los recién licenciados, a los que creían tener vocación de enseñantes.

Por eso, iniciativas que vengán a reforzar y a valorar la labor de los docentes tienen que ser aplaudidas y difundidas. Bienvenidas estas Pizarras, aunque sean de plata. Y un aplauso muy especial, con mi enhorabuena y mi admiración, para aquellas personas que este año han destacado en sus tareas educativas.

Marzo, 2008

3 . E U R O P A Y L A E D U C A C I Ó N

Europa en las aulas

Las aulas son (o deberían ser en cualquier caso) unos recintos sagrados, donde se está tratando de todo lo habido y por haber: desde el descubrimiento de las letras y el complejo proceso de combinarlas entre sí y darles sentido, hasta la revelación de la poesía. En las aulas se muestra la historia y van llegando a ellas todos los personajes importantes que han sido protagonistas en el mundo a lo largo de los siglos; se destapan los secretos de las matemáticas y de los números; se observan toda clase de animales y de plantas; se viaja por el mundo: se navegan ríos y se suben montañas... En las aulas, se está profundizando en el arte, en la música, en la literatura, en las ciencias, en las nuevas tecnologías, en el pensamiento. Se pone al alcance de la mano de los alumnos montones de saberes y conocimientos que tenemos el deber de conservar y de transmitir. En las aulas se va produciendo cada día el milagro del aprendizaje. Y no sólo eso: se aprenden normas de convivencia, y se van adquiriendo hábitos que mejorarán la vida. Parece una obviedad, pero hay que volverlo a decir una y otra vez porque la rutina de ir a la escuela, o al instituto, hace que olvidemos lo esencial y se pierda la profunda razón que tienen los centros educativos.

El alumno, con más frecuencia de lo esperable, no identifica el aprender con el estudio; y acude a las aulas para hablar con sus amigos, lucir el “*look*” de moda, comerse un bocadillo y pasar acompañado y bajo techo las horas de la mañana. Desconoce el verdadero sentido de estar en el aula. Se estudia para ir pasando exámenes, para devolver a por b la información memorizada, información que desaparece pasado el día del examen y que no llega a calar ni a dar un pátina de cultura.

También el profesor, a veces, se obceca con el libro de texto, la lección magistral y la nota media, y olvida su papel de mediador y de generador de expectativas, da la espalda a las nuevas tecnologías de la información y se desvincula del verdadero sentido de su misión educativa. Y muchos padres identifican el aula con un servicio especializado de guardería... Si a estas desviaciones añadimos la mala educación, la desgana y los conflictos, la falta de medios, la suciedad, el hacinamiento y el desorden... tenemos los resultados que están a la vista: fracaso escolar, violencia, falta de interés, ausencia de respeto, depresiones profesionales.

Nada hay más importante en una sociedad que la formación de sus jóvenes, que son los que, en definitiva, la van a seguir manteniendo viva y sana: los jóvenes serán los futuros médicos, ingenieros, carpinteros, profesores, políticos, cocineros, votantes, conductores, padres... En ellos, en los jóvenes, en su formación, nos debemos gastar los presupuestos más elevados, por la cuenta que nos trae. Y la sociedad entera debe ser consciente del valor y de la proyección de la enseñanza –educa toda la tribu, como apunta José Antonio Marina–. Y debe vigilar sus planteamientos y exigir unos resultados.

Se sabe que muchos de los cachorros de ETA se han formado en las *ikastolas*; vemos a los niños cubanos hablar de la dictadura de Fidel Castro con orgullo, sin que se les haya abierto los ojos hacia otras posibilidades políticas; o leemos del potencial peligro que suponen algunas escuelas coránicas. Son pequeñas muestras de cómo la enseñanza tiene su cuota de poder: transmite una forma de ver el mundo, puede castrar el conocimiento y ejercer de lastre ante el desarrollo y los avances.

Y todo esto lo traigo aquí porque la mejor manera de transmitir nuestra identidad europea es traernos a Europa a las aulas. Lo mejor para sentir que formamos parte de Europa, de que compartimos la historia, los movimientos culturales, las ideas, los mercados, las instituciones y hasta los problemas. Existen hoy muchos programas que facilitan la presencia viva de Europa en las aulas, que mejoran la enseñanza de los idiomas, y que permiten que colegios e institutos entren en contacto y aprendan unos de otros: E-twinning, Comenius, Euro-Scola, Primavera en Europa... Cualquier tema de estudio o de investigación se puede compartir y enriquecer con alumnos y profesores de centros europeos. Las tecnologías de la comunicación han eliminado las distancias y las fronteras y han hecho posible la transformación de los métodos. Hay que tenerlas a disposición, claro está; y usarlas. El aula en el siglo XXI debe ser ya un recinto abierto, mágico, con miles de posibilidades más allá de los libros de texto, los mapas, la pizarra y la tiza.

Marzo, 2007

¿Han oído hablar de Comenius?

¿Quién le iba a decir al pedagogo checo del siglo XVII que su nombre iba a ser tan familiar para miles de jóvenes europeos del siglo XXI! Es verdad que ya en su época Comenius fue muy famoso –hasta los americanos de la universidad de Harvard lo querían como rector–. Y es verdad que se le considera el padre de la pedagogía moderna: propugnaba una enseñanza amena, adaptada a las características y situaciones de los alumnos, secuenciada de menor a mayor complejidad, apoyada en la realidad y en libros especiales, ilustrados didácticamente; una enseñanza que abarcara la vida entera de los individuos y que tendiera hacia la universalización. Y así, de esta merecida fama en los selectos y minoritarios ambientes de la Pedagogía, Comenius ha pasado a ser nombre casi común en las aulas de innumerables centros de primaria y secundaria de toda Europa. Y es que bajo su nombre se engloba un revolucionario proyecto educativo europeo: El Proyecto Comenius. ¿Han oído hablar de él?

Consiste básicamente en realizar un trabajo común entre alumnos y profesores de distintos países europeos, tres países diferentes al menos en cada equipo. Ello supone la *internacionalización* de un tema común de investigación, distintas perspectivas y puntos de vista a la hora de afrontarlo en el aula; conlleva unas relaciones sistemáticas con alumnos de otras nacionalidades, el manejo de las nuevas tecnologías –¡qué necesarias llegan a ser!–, el uso verdaderamente comunicativo de otras lenguas –las clases de idiomas se convierten en algo imprescindible y necesario: tienen una palpable razón de estudio. Y qué decir de las visitas a los países de los compo-

centes del equipo: suponen un aliciente fundamental para profesores y alumnos: no sólo sirven para conocer otro país, otra ciudad, otros sistemas educativos, otras organizaciones escolares, otras costumbres, o para discutir sobre metodologías y estrategias didácticas o sobre los problemas actuales de la educación... También se consolidan relaciones profesionales y de amistad, y aumenta el interés personal por conocer más a fondo las circunstancias sociales, políticas, culturales en las que viven los asociados... Una nueva y diferente forma de trabajar en las aulas, donde los mapas vuelven a mirarse con curiosidad y atención. En definitiva, la enseñanza adquiere con los Proyectos Comenius una dimensión europea, comunitaria: hace posible que cualquier escuela perdida en un pueblecillo o en una gran ciudad pueda sentirse unida a otros centros de países lejanos, pueda sentirse parte de una comunidad abierta y grande. Con los Comenius se van perdiendo esas ideas tan arraigadas y tan reductoras del aldeanismo –lo nuestro es lo mejor y nada existe sino lo abarcable con la mirada–. Las aulas se abren a otros mundos más allá de los libros y de las lecciones. Y surgen otros impulsos para aprender y para enseñar.

Una compleja maquinaria burocrática hace posible que cientos de alumnos de treinta países puedan participar en estas iniciativas que se financian con fondos europeos. Y que una vez al año se celebre en cada país una semana Comenius. La de España se realiza estos días en Murcia. ¡Bienvenida sea!

Noviembre, 2003

Murcia en Suecia

¿Será murciano un tal Luis Fernández?

Es el autor, junto con otras tres personas de nombres casi impronunciables, de un libro de texto de español para suecos. Un libro titulado “Caminando de nuevo”– “Hill dig som ska arbeta med”–, de la editorial Natur och Kultur, publicado en Estocolmo. Cientos de adolescentes suecos de Enseñanza Secundaria aprenden la lengua de Cervantes en sus páginas. Y cada vez son más los que se matriculan en lengua española, de moda últimamente. Pues ya, en la primera lección, “**¡Hola! ¿Qué tal?**”, las primeras palabras que se aprenden son:

Hola. Soy Conchi. Soy de España, de Murcia. Hablo español.

No dirán que no tiene gracia la cosa. ¡Es de Murcia uno de los personajes! Y no acaban aquí las referencias a nuestra región. Resulta que la tal Conchi vive en casa de sus padres en el centro de la ciudad, estudia en un instituto de FP, tiene un hermano, pasa los fines de semana en La Manga, le gusta ver *Los vigilantes de la playa*, oye a Rosana y a Jarabe de Palo, no tiene afición por la lectura, le divierten las discotecas... Nos tropezamos con una foto a todo color y a toda página para que conozcan los suecos el edificio donde vive esta joven: en la mismísima plaza de Santa Isabel, como estaba hace unos años, eso sí. Pero reconocible, con su trocito de Gran Vía y su autobús naranja, el Banklays Bank y los Seguros Mare Nostrum. Otro personaje, David, viaja a Murcia desde Barcelona para conocer la Universidad. Ay, no llega el Euromed hasta Murcia, qué fastidio, que se quedan en Alicante los trenes rápidos. Pero aún así decide venir, aunque tarde dos horas en recorrer los 60 Km.

que separan Alicante de Murcia en un cercanías. Y de paso, para aprender nuestras poblaciones, el libro nos muestra un gráfico del corredor Mediterráneo donde aparecen nombrados Cartagena, Torre-Pacheco, Balsicas –Mar Menor, Lorca, Totana, Alhama... Y ahora, no me resisto a copiar lo que pone en la Unidad 5, con foto preciosa de la plaza Belluga, con la fachada de la Catedral al fondo y un primer plano de terraza abarrotada de gente tomando el aperitivo al sol de primavera. Se distinguen la fuente y los parterres de flores entre el gentío, así que todavía no estaba el Moneo. Se lee: “*Murcia es la capital de la Comunidad autónoma de Murcia. Es una de las ciudades más grandes de sureste con casi medio millón de habitantes. La región vive de la huerta. Allí se cultivan verduras y frutas. Pero en los últimos años ha llovido poco y hay muchos problemas con la sequía. El río Segura que pasa por Murcia casi siempre está seco*”. Y se sigue hablando del Museo Salzillo, (y de su horario), del Arqueológico, del Bellas Artes, de la Glorieta, del Casino, de la Trajería, del autobús nº 9, de la Universidad, de las calles Alejandro Seiquer o Andrés Baquero, de la plaza Beato... En fin. Que cuando este año han venido a mi instituto una profesora sueca de español y algunos de sus alumnos, dentro del **Proyecto Comenius**, me impresionó el “dominio” que tenían del callejero de la ciudad, del Mar Menor, de La Manga... Que hablaban con familiaridad del Segura, de la Semana Santa, de las tapas, de los autobuses que llegaban hasta el Museo Salzillo, de las dificultades para que los jóvenes encuentren trabajo... siendo la primera vez que pisaban esta tierra. ¿Internet?, ¿buenas y eficaces oficinas de turismo en Uddevalla?, pregunté. No: nuestro libro de texto, me dijeron. Nos hace mucha ilusión ver los lugares que aparecen en nuestro libro de texto.

Y les pedí que me mandaran un ejemplar.

Lo tengo aquí delante. Me resulta tan curiosa esta “casualidad” que por eso la cuento. Tal vez los dirigentes de Turismo no sepan de esta propaganda de la Región que cala en tantos suecos jóvenes y que siembra en ellos el deseo de venir hasta este sur nuestro, a pesar de que los trenes rápidos no llegan a la estación Murcia del Carmen y de que no tenemos aeropuerto. Tal vez deberían hacer un homenaje a los autores del libro. Se admiten apuestas: ¿será murciano Luis Fernández?

Agosto, 2004

4 . L A S T I C E N E D U C A C I Ó N

Aulas del siglo XXI

Dice el diccionario de la RAE; «Aula: 1. Sala donde se celebran las clases en los centros docentes.» También, mira qué curioso: «2. Palacio de un príncipe soberano».

Casi todo el mundo sabe qué es un aula, y supongo que con sólo oír la palabra *aula*, imagina el lector las suyas, las aulas donde pasó sus tiempos escolares: los pupitres de madera (o de fórmica), la mesa del profesor, la tarima (si pasa de los treinta sabrá qué es una tarima), la pizarra, la foto de F. (desde hace tiempo, afortunadamente, no hay fotos de mandatarios, ni siquiera de los Reyes), la papelera (gustaba mucho ir hasta la papelera para sacar punta a los lápices: se formaban pequeñas y rápidas tertulias), unas perchas, la ventana por donde se veía algo del mundo; y si era un aula bien dotada, algún armario, algunos libros, algunos mapas, una bola del mundo... Y poco más. Con eso bastaba. Así, más o menos, han sido las aulas en los institutos desde tiempo inmemorial. Y con suerte, así siguen. Porque todavía hoy es una suerte de privilegio tener armarios, y libros en las aulas. Tener diccionarios puede ser un verdadero lujo. Y lujo se considera todavía el imprescindible confort: que la temperatura del ambiente sea la adecuada, tanto en invierno como en los meses de calor; que el ruido del tráfico no se cuele por todas las rendijas y ventanas, impidiendo *oír* lo que se dice; que las luces no reflejen en las pizarras, haciéndolas impracticables; que las mesas y las sillas estén adecuadas al tamaño de los jóvenes de hoy, más altos y corpulentos que antes. Muchos alumnos no entran literalmente en sus pupitres, y las piernas y los brazos se *salen de* su espacio, y las espaldas se tuercen peligrosamente cuando escriben, forzando una postura incorrecta...

Han cambiado los planes de estudio, ya está implantada la tan traída y llevada reforma, han avanzado las tecnologías, se habla de la utilización de múltiples recursos didácticos,... pero las aulas permanecen invariables en muchos centros públicos de secundaria, sin condiciones mínimas. Y sin adaptarse a los tiempos que corren. Sin posibilidades de que en ellas se instale un aparato de transparencias, o de diapositivas, o un ordenador con cañón (así se llama) que proyecte la información en una pantalla colectiva, o un simple vídeo...

¡Qué risa, cuando oigo decir que todos los alumnos van a aprender a utilizar internet! ¡Qué absurdas las colecciones didácticas de cederrón, o los programas educativos de ordenador, que no se pueden utilizar en las aulas actuales! ¡Qué fraude seguir diciendo que la enseñanza pública está a la altura de las circunstancias! Y qué lejos de las aulas de los centros europeos que he tenido la suerte de visitar, limpias y equipadas con los medios de hoy. Aquí se siguen arreglando las cosas con parches y con la buena voluntad del profesorado... ¿Hay que seguir confiando en las transferencias, en las palabras de los políticos, en la paciencia de profesores y alumnos, en la habilidad de ciertos equipos directivos para conseguir recursos, en pomposos planes de evaluación de centros que realiza el servicio de Inspección, y que sirven, o eso parece, para acumular papeles en un archivador...? Pues sigamos. Mientras tanto, algunas generaciones de adolescentes de nuestra región pasarán por los institutos sin tan siquiera conocer cómo deben ser las aulas de su tiempo, las aulas del siglo XXI. Y a estos centros, nunca vendrá soberano alguno a inaugurar el curso.

Febrero, 2000

Cañones en las Aulas

Habr  quien piense, con sólo leer el título de este artículo, que est n llegando las cosas de la enseñanza a unos extremos verdaderamente preocupantes y que sólo a base de amenazas de semejante calibre pueden hoy día los profesores hacerse con sus alumnos objetores. Pero no, no se trata de la tan buscada disciplina en las aulas ni de piezas de artillería b lica como recursos intimidatorios. Hablamos de otros cañones más pacíficos y didácticos...

La palabra *cañon* se usa también, desde hace un tiempo, para designar a un aparato que permite proyectar imágenes digitalizadas. Y como tal acepción, está a punto de ser recogida por el diccionario de la RAE, pues aparece ya en el avance de la vigésima tercera edición que se publica en Internet. Como ven, hasta el diccionario, tradicionalmente lento en admitir palabras que eran de uso común, va creciendo con los tiempos a un ritmo adecuado –progresar adecuadamente–. No podemos decir lo mismo de las aulas de los institutos, que siguen, más o menos, salvo honrosas y contadas excepciones, como las del siglo XVI: pupitres para los alumnos, mesa del profesor –sin tarima–, pizarra fija pegada a la pared y tizas, eso sí, de colores y anti-polvo. Insisto en lo de las pizarras fijas porque he descubierto en los institutos alemanes unas interesantes pizarras hidráulicas y articuladas en forma de libro, que se abren y cierran, en las que se puede escribir por delante y por detrás, que suben y bajan sin esfuerzo según la altura del que escribe en ellas, o según se van llenando de letras y números; y los bajitos no tienen que subirse en un silla si quieren escribir en la parte de arriba, ni los altos agacharse en postura incómoda si escriben en la parte

inferior. Algo tan aparentemente simple como una pizarra puede mejorar considerablemente su uso si su diseño se va adaptando a las necesidades con el ingenio y los avances tecnológicos... Pues eso. Que aquí las aulas siguen ancladas en la época de Fray Luis, y que las nuevas tecnologías no están integradas en la normalidad del siglo en que vivimos. Si un estudiantillo de la época de Alatríste apareciera de pronto en un aula de un instituto sólo encontraría diferente el material de las mesas y sillas, antes de madera y ahora de formica, y los colores. Lo demás, apenas ha variado. Es verdad que en los centros suele haber un par de aulas de informática con diez o doce ordenadores y otro par de aulas de audiovisuales, con una tele, un vídeo, una pantalla y un proyector de diapositivas. (Precisamente el aparato que se va a utilizar presenta casi siempre serios problemas técnicos, casualidades de la vida). Pero el caso es que el uso de las nuevas tecnologías no está generalizado en la Enseñanza Secundaria. Tal vez por las dificultades y limitaciones que hay que solventar para usar esas aulas especiales... Si a los sesenta profesores que hay de media en un instituto se les ocurriera utilizar habitualmente los medios informáticos o audiovisuales en todas sus horas de clase se armaría un caos considerable y sería técnicamente imposible. O porque muchos profesores aún confían más en los libros de texto y en su palabra que en el uso educativo de internet, de los CDs didácticos, DVDs interactivos y demás modernidades.

Así las cosas, leo estos días en los periódicos que los políticos de uno y otro partido se proponen, si ganan las elecciones, llenar los centros de ordenadores, hasta dos por cada alumno... ¿Podemos imaginar qué pasaría si llegaran 450 ordenadores a un centro como el mío, de unos 900 alumnos? ¿Quién se encargaría de tenerlos a punto? ¿Y tantas conexiones, cables, enchufes..., de dónde iban a salir? ¿Se irían actualizando con los meses, o en dos años estarían ya casi inservibles? Además, ¿garantizaría tal número de ordenadores el que se utilizaran como recursos didácticos en las distintas áreas, como apoyo a los programas?

Es mucho más rentable, para empezar, que los políticos piensen en los profesores y en las aulas, que vienen a ser como sus circunstancias, las de los profesores, me refiero. Sería mucho más eficaz y más barato un ordenador portátil por profesor –o por aula–, con su correspondiente cañón y pantalla para hacer partícipes a todos los alumnos, que quince ordenadores en cada una de las clases. En ese caso, sí que cambiarían las estrategias didácticas de las distintas asignaturas, y se incorporarían realmente las posibilidades de internet al aula. Porque lo que faltaba para completar los problemas actuales de la enseñanza son los alumnos siempre detrás de las pantallas de los ordenadores... Imaginen un nuevo caos que controlar diariamente: nave-

gaciones indebidas, rutas indeseables, configuración de bromas y *desconfiguración* de programas, averías varias, mensajes inapropiados...

Febrero, 2004

5 . D E L I B R O S Y L E C T U R A S

Bibliotecas

La más antigua biblioteca de la humanidad, la de Ebla, antigua ciudad de Siria, reapareció hace apenas dos décadas bajo los escombros de cientos de años y civilizaciones; más de cuatro mil documentos estuvieron en su día perfectamente catalogados y registrados, ordenados de manera tal que su localización en las estanterías era rápida y eficaz. Los egipcios llamaron a las bibliotecas “casas de la vida”; y los griegos, tan sabios, llegaron a desconfiar del poderoso poder de una biblioteca privada, que alejaba al lector de la tutela directa del maestro a la vez que le permitía crearse su propia opinión e imaginar mundos alejados de la realidad...

Desde siempre, las bibliotecas han estado ligadas a los reyes, a los emperadores, a los importantes y principales de la comunidad. Eran objetivos militares prioritarios en las estrategias de guerra, como lo eran los arsenales y los depósitos de armas; la historia de las bibliotecas está llena de saqueos, incendios y destrucciones, en un intento de eliminar con ellas el alma y la cultura de los pueblos enemigos. Ahí mismo tenemos un ejemplo, en el bombardeo y ametrallamiento de la biblioteca de Sarajevo... Pero también, desde siempre, las bibliotecas han estado vinculadas a los centros de estudio. En las antiguas escuelas de medicina, como la de Hipócrates, o en el Liceo de Aristóteles, los libros compartían con los maestros el honor de la enseñanza; en las modestas escuelas de la España musulmana, en las escuelas monacales y en las catedralicias de la Edad Media, en las universidades... los libros han estado presentes, a veces hasta encadenados a una barra fija para evitar su robo o

extravío, como un tesoro al que mirar y del que presumir, siendo los maestros y profesores los encargados de su custodia.

Cuando en 1868, con la Gloriosa, se crearon las primeras bibliotecas populares, el gobierno encargó a los “sufridos” maestros que llevaran el control de los libros recibidos y prestados, y que cuidaran el espacio dedicado a los libros recibidos y prestados, y que animaran a la lectura a sus convecinos, una vez concluida su jornada laboral.

¿Y qué ocurre hoy en los centros educativos, cuando estamos en plena puesta en marcha de una reforma?

La mayoría de los centros dispone de bibliotecas; no siempre en el lugar adecuado, ni con la iluminación ni el mobiliario convenientes, pero en casi todos existe un espacio dedicado a los libros. Con frecuencia, es un lugar muerto, cerrado con llaves. Es habitual que la biblioteca no disponga de un horario de apertura, ni de un servicio regular de préstamos, ni que en ella se organicen actividades en torno a la lectura... Ninguna cuenta con la dedicación de un técnico (con tantos bibliotecómos parados...), ni siquiera con un maestro o profesor a media jornada. ¡Una hora semanal establece el MEC para el encargado de la biblioteca...! Los fondos se van aumentando muy de poco a poco, porque los presupuestos no dan para libros, y, en muchos casos, en los colegios en que funciona a trancas y barrancas, los cuentos más afortunados tienen el lustrillo de cientos de manoseos, los atlas se han quedado desfasados y las enciclopedias no recogen el avance de los tiempos ni de la ciencia... Tampoco la prensa está presente para uso de los alumnos. Y muchos de ellos habrán pasado diez años en un colegio (y hasta cuatro más en un instituto) sin haber pisado jamás una biblioteca, sin haber aprendido a buscar un libro en un fichero (o en un programa de ordenador), sin haber adquirido el hábito de leer la prensa, de consultar un tema en varios libros, o sencillamente de disfrutar con la lectura. Así, las Bibliotecas de las facultades se van convirtiendo en salas de estudios, donde reinan las fotocopias y los apuntes, y donde los libros esperan pacientes a que lleguen tiempos mejores.

En fin; es de justicia señalar los casos ejemplares, que también existen: profesores entusiastas, que en los recreos, o en las horas de guardia, o en su propio horario lectivo, llevan a sus alumnos a la biblioteca, –o se ponen al servicio de ella. Menos mal que, a veces, en algunos centros, todo el claustro colabora en llevar adelante un plan para la biblioteca. O que algunas asociaciones de padres financian los gastos; o que, en aquellos centros que abren sus puertas fuera del horario escolar, algunos objetores de conciencia, padres de alumnos, o simples voluntarios, colaboran en las

tareas propias de una biblioteca. O que de vez en cuando, el ministerio de Cultura convoca algunas ayudas para los centros cuyas bibliotecas están vivas...

El panorama, como ven, es bastante desolador y deprimente; refleja el “utilitarismo” de la educación y la absurda e inconsciente discriminación de las humanidades. Esperemos que la LOGSE, los profesores y los presupuestos lo remedien.

Abril, 1995

Animar a leer

Dentro de unos días se va a celebrar en Murcia un encuentro nacional sobre Animación a la Lectura. A pesar de que los libros no tienen el prestigio social de antes ni están en primera línea de la moda –los índices de lectura se mantienen bajo mínimos–, hay quienes todavía se empeñan en considerar la lectura como “un cielo prometido”, como una fuente infinita de placeres y sabiduría, de posibilidades innumerables de vivir y sentir otras vidas, la respuesta a todas las preguntas, de viajar por el espacio y por el tiempo, de descubrir el mundo a través de múltiples miradas, un camino de perfección, en definitiva... Podríamos seguir añadiendo beneficios de la lectura y no acabaríamos, pero... ¿Cómo se logran lectores hoy, cuando son tantos los elementos en contra?

Uno de los caminos más seguros para llegar a lector se inicia prácticamente nada más nacer, cuando los niños oyen las nanas, los cuentos, las canciones con que sus mayores les entretienen; así van despertando a la imaginación y a los sentimientos; pero ahora apenas hay tiempo para estas delicadezas, padres y madres trabajando todo el día, y derrengados en el sofá a la caída de la tarde, sin ganas de cuentos ni de monsergas. Hasta la cadena de transmisión oral de estos textos orales, vigorosa desde la antigüedad, se ha roto en esta época de estrés y lavadoras. Tampoco es ahora el tiempo de aquellas tatas del pueblo, un miembro más de las familias, que contaban historias de miedo y sabían refranes y chascarrillos para cada ocasión. Y por supuesto, en la memoria de muchos jóvenes de ahora no ha sido posible que quedara fijada la imagen del padre o de la madre leyendo un libro, emocionados, con la

sonrisa en el rostro, porque los padres no han tenido ganas ni sosiego para libros. Ni siquiera las anginas o las enfermedades de ahora, curadas de pie, propician los días en la cama con los cuentos y las cajas de fotografías, cada foto una historia de familia contada por la abuela. Así, el camino familiar, el más sólido y seguro camino lector, empezó a desdibujarse precisamente cuando el bienestar se generalizaba y alcanzaba a la mayoría.

El siguiente camino está ligado a la enseñanza, y tampoco es ahora un camino de rosas para el futuro lector, en contra de lo que pudiera parecer. Sí es verdad que aquel dicho de “la letra con sangre entra” tiene hoy, afortunadamente, poco sentido –a no ser que algunos se inician en la lectura a través de los textos más sanguinarios y truculentos– porque desaparecieron casi todas las lecturas obligatorias y los castigos, y hasta, si me apuran, los suspensos. Pero en muchos colegios, una vez que se enseña el mecanismo de la lectura, la p con la a pa, no se contempla en el horario ir a la biblioteca, o es que ni siquiera hay una biblioteca puesta al día a la que acudir. Los presupuestos son escasos, los libros caros, y ya se sabe, otros gastos son más urgentes. Seguimos sin una política de compra de libros generalizada y generosa, y ya no existen las maletas viajeras, que iban cargadas de libros de una clase a otra. Tampoco existe reglamentado un tiempo lectivo para leer en el aula, que eso, piensan muchos –profesores, padres, alumnos– es diversión y hay muchos contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales que atender en la programación. Se ha perdido la costumbre de leer en voz alta en clase, de leer el maestro, de leer el profesor –qué bien leía D. Mariano Baquero–, de leer los alumnos, de emocionarse juntos al oír una historia, de esperar intrigados y expectantes la continuación de la lectura al día siguiente.

En fin, la tercera vía, la social, la concentraremos en la televisión, espejo al fin y al cabo de los intereses colectivos: rarísima vez se encuentran los jóvenes con un programa dedicado a los libros, y eso que suelen tener un amplio abanico de posibilidades a su alcance dadas las horas que le dedican –más de cuatro cada día– y que manejan el mando con pericia desde bien pequeñitos. Ya no está *Barrio Sésamo* y en los programas preferidos de chicos y medianos, academias para triunfar cantando, casas donde un grupo de jóvenes conviven como si fueran ¿hermanos?, islas tropicales con falsos naufragos, nunca aparecen los libros ni los sujetos protagonistas leyendo, ni comentando una lectura. Todo lo más, personajes de carne y hueso que cuentan a Patricia o a Ana Rosa sus historias pintorescas.

Aún así, a pesar de todo, hay quienes siguen convencidos de que la lectura es imprescindible para ser felices de otra y más profunda manera. Habría, entonces,

que volver a cantar, contar cuentos, leer con los hijos, cada día, si es que de verdad queremos que nuestros hijos amen la lectura. Habría que volver a leer en las escuelas. Leer buenos libros, sencillamente, para aprender a disfrutar.

Febrero, 2003

Bibliotecas Escolares: una cuestión sin resolver

Hace unos dos o tres años, o tal vez menos— no termino de controlar bien el paso del tiempo— leí un artículo periodístico sobre las bibliotecas escolares cuyo título me pareció más que acertado: “La soledad de las Bibliotecas escolares”. No es que como título sea muy original —ahí tenemos la soledad del portero; la del tirador del penalti; la del corredor de fondo, o incluso, recientemente, la del juzgador—. Pero muchas veces me viene ese título a la memoria porque apunta al meollo de la cuestión con rotundidad y acierto, con tan sólo tres palabras llenas, que las otras tres se pueden eliminar. Y es que la mayoría de las bibliotecas escolares sufre de soledad, una soledad persistente, casi endémica, inconcebible si de verdad se cree en el poder redentor de los libros y la lectura. Muchas bibliotecas escolares son islas solitarias, casi un paréntesis en la vida diaria de los centros: un lugar donde se almacenan libros antiguos y donde se envían a los alumnos castigados para que reflexionen, rodeados de cadáveres polvorientos —los libros también mueren, sobre todo si no se leen— y alejados del mundanal ruido de aulas, patios, pasillos, laboratorios y cantina.

Pues sí. La soledad de las bibliotecas escolares se respira aún por varios frentes. Existe un desamparo administrativo desde hace décadas, que se ha ido perpetuando en las sucesivas reformas educativas. Es verdad que la Biblioteca aparece en todas las leyes, lo que yo llamaría una declaración de buenas intenciones. En la LOE, la última ley de nuestros pesares, se habla de la Biblioteca al final del capítulo II, en el artículo 113, que tiene también su matiz inquietante por eso del 13. Un poco antes, en el capítulo I, se las ha considerado como uno de los factores que favorecen la cali-

dad de la enseñanza. ¡Cómo iba a ser menos! Pero se limita, ya digo, a una declaración de intenciones, a enunciar que los centros educativos dispondrán de una biblioteca, y que las administraciones educativas se encargarán de dotarlas progresivamente...

Y si acudimos a lo que llaman el segundo nivel de concreción de la ley marco, a las normativas de funcionamiento, más cercanas a la realidad, volvemos a encontrarnos con un agujero negro: no se contempla por ningún lado la figura de un bibliotecario que se ocupe de las tareas propias y técnicas de organización de una biblioteca. Biblioteca, sí. Bibliotecario, no. ¿Cómo se entiende? Se resuelve la papeleta con un parche a todas luces raquítico, asignando una hora lectiva semanal a un profesor, el coordinador. Sí, han leído bien: una hora lectiva a la semana, una concesión generosa sin límites que puede dar idea del valor que se le asigna a esta función. Ni más retribuciones, ni más méritos, ni más nada. Eso sí, más trabajo, bastante más trabajo, añadido al que ya tiene habitualmente cualquier profesor. Se convierte por ello la función del coordinador de biblioteca en una cuestión de puro voluntarismo. Y así las cosas, es un hecho casi milagroso que aparezcan algunos Robinsones Crusoe en los centros, tenaces y atrevidos, que deciden transformar esta silenciosa isla cementerio, apartada de cualquier ruta habitual de los alumnos, y convertirla en una auténtica y dinámica biblioteca. Hay que tener valor.

Pero aquí no se acaba este desamparo del que venimos hablando. Otro indicador de la soledad extendida es la ausencia de un tiempo lectivo reglamentado en los horarios de los alumnos para ir a leer o a investigar a la Biblioteca. También depende de la voluntad del profesor, los llevo, no los llevo, los llevo, no los llevo... Y el caso es que cientos, miles de alumnos, han pasado –y siguen pasando todavía– de un curso a otro, en montones de centros educativos, sin atravesar jamás la puerta que los hubiera conducido al mundo de los libros, sin saber siquiera de la existencia de una biblioteca tan cercana a la que acudir para sumergirse en los placeres de la lectura.

Y sí, hay voluntad en la administración para que cambie el panorama; y hay programas educativos que asesoran a los profesores –que no son técnicos en estas cuestiones de biblioteconomía y documentación–; hay cursos de formación, y hay dotaciones económicas específicas y extraordinarias para la mejora de las Bibliotecas Escolares. Pero aún no se ha llegado al fondo de la cuestión. Y queda lo fundamental por resolver.

Diciembre, 2007

Escritores en las aulas

Hay un programa en la Consejería de Educación de Murcia que se llama así, “Escritores en las aulas”, y que consiste en que un grupo de variopintos escritores de la Región acude a las aulas de colegios de Primaria para tener un encuentro literario con los alumnos. Me invitaron a participar como articulista de este periódico –más de veinte años que me asomo casi todos los meses a estas páginas–, y he participado encantada en la experiencia. Es un Programa de apoyo al profesorado y a su complicada tarea de crear lectores en un mundo donde imperan las maquinitas y la televisión a la carta; y donde se valoran más las declaraciones de un futbolista que las de un Premio Nobel de Literatura –y si no, pregunten a cualquier niño por los nombres de los jugadores del Real Madrid o del Barça, y por los nombres de los últimos Premios Nobel de Literatura, a ver qué lista gana con la ayuda inestimable de los medios de comunicación–. Muchos alumnos de estas edades, además, tenían la idea de que los escritores estaban todos muertos y bien muertos, premios o no, aparte... Para ellos ha sido un auténtico descubrimiento encontrarse frente a frente con unos autores vivos y coleando, que aparecen en los periódicos o cuyos nombres están escritos en las portadas de los libros. Se trataba de contagiar nuestro entusiasmo por la lectura –se supone que nos gustan los libros y la lectura a los que escribimos–, de contribuir a despertar la curiosidad por las historias, a disfrutar la poesía, a jugar con las palabras... Me he sentido como un “premio” especial caído en suerte a los centros que me asignaron. Y además, me lo he pasado muy bien en todos y cada uno de los centros a los que he acudido.

¿Se imaginan entrar en un salón de actos lleno de niños de siete, ocho, diez, doce años..., todos aplaudiendo, mientras sonaba una marcha triunfal? En el escenario una mesa, un sillón, un micrófono, un vaso con una flor, una copa de agua. Murales con información sobre mi trayectoria y algunos de mis artículos recortados e ilustrados por ellos decoraban las paredes. Sobre la mesa me esperaban cerradas algunas cartas. Sucedió en Nonduermas, en el colegio Nuestra Señora de Las Cortes. Los profesores habían estado preparando el encuentro con entusiasmo y cariño, dando una importancia especial al hecho de que los visitara una escritora y sobre todo, dando importancia a los libros y a la lectura.

De mi maleta roja, de charol brillante, fui sacando cuentos y poemas que me gustan, y los fui leyendo despacito, enseñando los dibujos, buscando la participación, la risa, la intriga, las emociones que procuran la lectura. Y se logró, creo, la magia.

En Zeneta, en el Sagrado Corazón, estuve en el mismísimo Olimpo, tal era la decoración del colegio que celebraba su Semana Cultural dedicada al mundo clásico de dioses y mitos. No había niño que no supiese de Hércules, de Teseo, Poseidón, Ariadna... Hablaban de Apolo o de Afrodita como si fueran sus vecinos de toda la vida. Y en una de las aulas del colegio Cervantes, en Molina de Segura, los alumnos de 5º me leyeron sus historias y me enseñaron un gran libro manuscrito, muy documentado, con fotos y dibujos, que habían hecho sobre la historia de su pueblo. En el colegio Nuestra Sra. de Atocha los más pequeños no se cansaban nunca de los cuentos, y pedían uno más, y otro... Y ahora uno de miedo... O cuenta otra vez el de... Los ojos atentos, pendientes de la palabra, de los gestos, en silencio expectante.

Han sido realmente conmovedores estos encuentros. Y sobre todo comprobar *in situ* el trabajo silencioso de esos maestros que ponen día a día su imaginación y su entusiasmo para que sus alumnos amen la lectura y para que las bibliotecas escolares estén apasionadamente vivas.

Por eso escribo este artículo: para felicitar al equipo de la Dirección General de Ordenación Académica, con Luís Navarro a la cabeza, que organiza este Programa de Fomento de la Lectura, y para dar las gracias a tantos profesores que lo han acogido con bravura ilusionada.

Leer en clase

Cuenta Unamuno en “Recuerdos de niñez y mocedad” la emoción que sentían en clase cuando leían un pasaje del *Juanito*, aquel en el que moría la madre, y todos sus compañeros, el maestro, y él mismo, tenían que enjugarse las lágrimas, rejunándose todos, conmovidos, en los sentimientos de pena. No parece que fuera una lectura primera; da a entender que todos la conocían de otras veces y que esperaban el trágico momento con ansiedad contenida. Al lector se le apagaba la voz, y la claridad de la lectura se ahogaba en los sollozos. Nadie se reía de aquellas lágrimas tan colectivas que provocaba la ficción literaria, más abundantes aun en los revoltosos y peleones. Imagino que la clase entera esperaba la hora de la lectura con ganas, los más aplicados y los menos, a pesar de conocer en muchos casos el final de la historia. Entonces los libros eran escasos, ir al cine era todo un lujo y no existía la televisión para llorar a gusto en los *reality show*.

Han pasado los años; el péndulo se fue al otro extremo: hoy apenas se lee en clase; ni siquiera en las de Lengua y Literatura, y mucho menos, claro está, en las clases de otras materias. Leer un cuento en matemáticas, qué disparate, ni que estuviéramos locos. Y no crean que me estoy refiriendo sólo a los centros de Secundaria, donde el alumno ya viste pantalón largo —es un decir—; tampoco en los centros de Primaria se lee sistemáticamente en clase, ni es frecuente aquello de todos los alumnos atentos a la palabra, con la emoción y la intriga en sus caras, sin pestañear, sin moverse de las sillas, sin querer que pase el tiempo para dejar avanzar la historia. Hoy, en cuanto los niños aprenden el mecanismo de la m con la a ma, se acaba con

la práctica de la lectura en voz alta y desaparece la hora de leer del panorama lectivo habitual.

Y es que hay profesores –y alumnos– que consideran lo de leer en voz alta como pérdida de tiempo, como algo fuera de los contenidos curriculares. No hay tiempo que perder, piensan, con tanta gramática, y tanta sintaxis, y tantos ejercicios de análisis de todo tipo; los contenidos gramaticales lo invaden todo, y hay que saber distinguir los morfemas de los lexemas desde la más tierna infancia, y no hay que confundir los determinantes con los pronombres, ni los atributos con los complementos directos. Y frente a todo este galimatías en el que están enredados los niños desde los ocho años, la lectura colectiva en voz alta ha dejado de considerarse como una actividad prioritaria y esencial en la formación académica de los jóvenes. Sin embargo, está demostrado que la lectura en voz alta tiene no sólo considerables beneficios neuronales, ya que se ponen en acción numerosos y complejos circuitos cerebrales, mucho más ricos que los que se activan en la lectura silenciosa; también mejora las capacidades de atención y de expresión, se enriquece el vocabulario, se ejercita la imaginación, enaltece los sentimientos..., sin olvidar que además incrementa la autoestima y la confianza. La lectura en voz alta puede detectar problemas graves, como las dislexias, y puede corregir otros, como la tartamudez. Y sin embargo, van pasando alumnos por las aulas que nunca han oído una lectura como Dios manda, que les sirva de modelo, que les conmueva. ¡Qué tristeza da oír leer de manera mecánica y neutra, sin entonaciones adecuadas, sin detenerse en las pausas, sin recalcar la intención, confundiendo palabras! ¡Y qué pena, lo mal qué mal leen en voz alta nuestros alumnos! Es para echarse a llorar... No hay tiempo para explicarles las técnicas de lectura, y mucho menos, para ponerlas en práctica. ¿Cómo pasar una hora de clase a la semana leyendo, con tanto contenido gramatical y tanta teoría literaria que aprender? Pero lo peor es que tampoco se lee correctamente en silencio: trastocan palabras, se las saltan, tienen dificultades para captar la idea principal, no retienen datos... Y si a todo esto unimos la pobreza de vocabulario tenemos los resultados tan poco gratificantes de los famosos informes Pisa.

Recuerdo ahora como algo mágico aquellas clases de la Universidad del profesor D. Mariano Baquero Goyanes, aquellas en las que se limitaba a leer en voz alta. Ni más ni menos. Eran las mejores. Se hacía un silencio expectante –como en las clases de Unamuno– y nos invadía toda la fuerza de la literatura a través de su palabra sosegada. Éramos ya alumnos universitarios, y nos seguía conmoviendo oír un cuento, un poema, un fragmento de cualquier libro. La magia estaba en su buena lectura, que lograba llenar el texto de emoción y sentimientos.

Leamos en voz alta en clase y cambiemos la idea equivocada que oí decir no hace mucho a un alumno mío: qué bien; hoy no hemos hecho nada: sólo hemos leído.

Abril, 2008

Los caminos al libro: ¿un camino de millones?

Para Manolo Cremades, in memoriam

Nunca llegué a preguntarle a Manolo Cremades por qué caminos había llegado a ser lector empedernido, siempre él con un libro entre manos. Y ahora lo siento. Conocía su desmedida afición a leer y sabía cómo disfrutaba leyendo, sus idas y venidas a la biblioteca o a la librería. En la lectura encontró muchas horas felices de su tiempo. Por eso hoy, cuando escribo de libros y de lectores le recuerdo especialmente.

Desde que supe que para este año que comienza el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte había destinado la bonita cifra de 37 millones de euros a la Campaña de Fomento a la Lectura (6.156 millones de las antiguas pesetas), no hago más que darle vueltas al tema de la lectura y al de las bibliotecas escolares, tan descuidadas y tan necesitadas, en general. Este año destinan a la campaña casi mil millones de pesetas más que el año pasado, pensando quizá que los caminos que llevan a la lectura tienen que estar en los mismos canales del *marketing* que provoca la compra masiva de móviles, por poner un ejemplo simplificado. Con esos millones editan carteles, hacen anuncios en televisión y prensa, inventan eslóganes (el último, “Leer te da más”), firman convenios. Más de sesenta empresas están implicadas: desde Coca-cola hasta la de NH, que deja un librito de cuentos en la mesilla de noche de sus hoteles, pasando por el reciente acuerdo con el Disney Channel de televisión para recomendar libros a los niños. En fin. Financian encuentros de auto-

res con sus lectores, premian algunos proyectos y apoyan algunas iniciativas en la red, actuaciones todas ellas encaminadas a que los españoles de toda edad y condición leamos más... Pero las cifras siguen estancadas por debajo de lo recomendable, o incluso, bajan los índices lectores en determinadas franjas de edad. El gasto de tantos millones no parece que haya servido para mucho. Si a todo esto unimos que el fracaso escolar radica precisamente en las dificultades que los chavales tienen con la lectura, parece evidente que por mucho anuncio y que por mucho que veamos la nueva versión del *1,2,3, a leer esta vez*, el panorama no va a cambiar demasiado si los remedios no se ponen en la base.

Y la base es acercar los libros a los niños.

Parece una verdad de Pero Grullo, pero son los libros, las historias, las canciones, los juegos de palabras, las ilustraciones, y no otras cosas, lo que lleva realmente a la lectura: el mejor camino, el más directo, es que los padres cuenten cuentos y reciten poemas a sus hijos, desde bien chiquitos; que les lean y que lean con ellos. Que los niños vean leer a sus mayores, y los mayores les regalen libros y los lleven con frecuencia a la librería y a las bibliotecas públicas. Y si esto no ocurre, se puede –y se debe– compensar en la escuela, en el instituto, en la enseñanza obligatoria. Habría que leer todos los días en clase, en voz alta y con sentimiento, un texto adecuado a la edad de los alumnos; así puede que se logre sembrar en ellos el amor a la lectura, como le pasó a Unamuno. Hay que llevarlos a la biblioteca escolar, por lo menos una vez a la semana; y que los chicos hojeen los libros, los toquen, los lean, los comenten entre ellos, descubran novedades y hasta hagan peticiones de aquéllos que les interesen. Es verdad que se ha hecho un intento institucional para fomentar la lectura en los centros: una optativa para los alumnos del primer ciclo de la ESO tiene el nombre de “Fomento a la Lectura”, pero increíblemente, en muchos centros, durante esas horas, no se lee ni se miran los libros –¡qué pérdida de tiempo leer!–; se hacen ejercicios de gramática, de repaso, y hasta suspenden los chicos si tienen faltas de ortografía y no distinguen los tiempos verbales.

Nos encontramos con que las bibliotecas escolares, las que podrían formar más lectores y aficionados a la lectura, las que realmente pueden poner los libros más bonitos al alcance de la mano de todos los niños y jóvenes, no se renuevan a la velocidad adecuada, ni se actualizan los fondos, ni siquiera tienen partidas presupuestarias concretas para la compra de libros. Pocas veces sobra algo de dinero, después de los innumerables gastos de supervivencia. El caso es que las bibliotecas de los centros no están potenciadas como se merecen. No se recoge en los horarios tiempos lectivos destinados a visitarla –lo que es normal, por otra parte, si no hay libros

atractivos que consultar o leer– y es rara la biblioteca escolar que está informatizada, que tiene conexiones a Internet y la posibilidad de manejar lecturas en los nuevos formatos. Salvo alguna excepción, no se han adaptado a los chicos de hoy –habría que hacer un estudio sobre los libros que hay en las bibliotecas de los institutos destinados realmente a los alumnos del primer y segundo ciclo de ESO: nos quedaríamos muy sorprendidos y tristes– Por eso, cuando leo que más de seis mil millones de pesetas se gastarán en fomentar la lectura y compruebo día a día las dificultades para que la biblioteca de mi centro –de todos los centros escolares– pueda mantenerse viva, la escasez del presupuesto, la cantidad de libros que deberíamos tener y no tenemos, me parece que seguimos estando al margen de la lógica y del sentido común.

Enero, 2004

Mientras llega Harry

Viendo las colas que hacían en Madrid niños y padres para comprar el último libro de Harry Potter, en inglés, por supuesto, cualquiera puede dudar de que los índices de lectura anden por el suelo, como se dice. Y de paso, sorprenderse gratamente de la enorme cantidad de niños españoles que pueden leer en inglés un tocho de ochocientas noventa y seis páginas sin dibujos. ¿Estamos soñando? El fenómeno de Harry Potter es la prueba más contundente del poder del marketing... y de la tendencia que tienen los jóvenes del mundo a la unificación: misma vestimenta, misma música, mismos juegos de ordenador, mismo libro de lectura. Ver por televisión colas y colas de chicos, muchos con sus padres, pasando la noche ante la puerta de una librería o de un gran almacén adornado con la parafernalia brujeil, no cae en saco roto. Es una fiebre contagiosa, global, sin fronteras, sin lógica aparente, parecida a la que sufren las muchachitas del mundo ante Beckham...

La verdad es que resulta increíble que niños y adolescentes que no leían nada, que protestaban ante un librito de quince páginas, ahora pasen la tarde entera enfrascados en la lectura de cientos de ellas: el mago Harry ha hecho posible este primer milagro, ayudado por las campañas de publicidad y por los programas de televisión. Joanne Kathleen Rowling, que hasta nueve veces vio rechazado su primer manuscrito –ay, el ojo clínico de los editores–, ha sabido encontrar la fórmula para atrapar al lector huidizo y desconfiado de lo estupendo que puede ser la lectura. Miles, millones de lectores han aparecido en el panorama mundial, un fenómeno literario sin precedentes parecidos que ha roto todas las estadísticas; porque por muy

famosos que sean Tintín, Guillermo Brown, Pedro Picapiedra, Los Pitufos, Babar, o Pippi Calzaslargas, nunca sus lectores organizaron simultáneamente y en todo el planeta jaleo semejante para conseguir una nueva entrega de sus aventuras. Pues bien: parece, dicen los entendidos, que la mayoría de esos millones de lectores de Harry Potter (que han hecho a la escritora la mujer más rica del Reino Unido –más aún que la mismísima Reina–) no volverán a leer otro libro en su vida, a pesar de lo que dijera con cierta dosis de mala idea el crítico americano Harold Bloom, que vaticinó que los lectores de Potter no llegarían más allá de Stephen King. Parece que estos lectores que hoy quieren ser los primeros en comprar el libro no volverán a pisar una librería, ni aumentarán su biblioteca personal, y pasados unos años, volverán a ser analfabetos funcionales; así, otra vez los índices de lectura volverán a los cauces normales –en dos años, del primer título se han vendido cinco millones de ejemplares en castellano –unos cuatrocientos mil en catalán–, cifras extraordinarias y desbordantes en el mercado editorial–. Los picos de las estadísticas volverán a su triste fondo, si ningún milagro lo remedia.

En Navidad, época propicia para compras masivas, estará en las librerías españolas la traducción al castellano de la quinta entrega de Harry Potter –hay previstas siete–. Mientras tanto, otros muchos libros esperan encontrar ávidos lectores, aunque de ellos no se hable en televisión. Tienen también sus seguidores en Internet, sus juegos y sus clubes. Los chicos ya están de vacaciones y pueden leer siguiendo la estela abierta por la Rowling: si lo que quieren son los grandes tochos de mundos imaginativos, en la línea de Tolkien o de Michael Ende, pueden encontrar otro universo muy particular en “Las crónicas de Narnia”, de C.S. Lewis, autor favorito de Rowling; o en la trilogía de Philip Pullman, “La materia oscura”. Si prefieren conocer el mundo de los dragones, basiliscos, unicornios y otros animales fantásticos, los encontrará en “El jinete del dragón”, de otra escritora revelación, la alemana Cornelia Funke. En las páginas de www.sol-e.com, el servicio de orientación a la lectura de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, podrán encontrar los mejores libros, los títulos más atractivos clasificados por edades y temas. A ver si logramos romper las previsiones de los entendidos y mientras llega Harry nuestros jóvenes se aficionan para siempre a la lectura. Sería el segundo milagro del mago, y el más grande; esta vez sin el apoyo publicitario. Y si no, compremos el libro en inglés, que mejorarlo tampoco viene mal.

Julio, 2003

Ortografía

No me extraña que en un Congreso de Lengua escrita salga a relucir el tema de la ortografía. Es inevitable, porque todo lo relacionado con la escritura lleva implícito enseñar y aprender ortografía. Es éste de la ortografía un tema polémico y recurrente que, desde siempre, grandes escritores han traído y llevado al primer plano informativo. García Márquez, sin ir más lejos, el año pasado. Y simplificando su planteamiento, se alía, frente a la postura académica y normativa, con la otra postura, nada nueva, tendente hacia la ortografía *natural* y acústica, postura que ya se planteaba Nebrija en el siglo XV, que suscitaba pasiones entre los académicos de la Lengua en el siglo XVIII, y que más recientemente ha contado con el apoyo de Julio Casares (el del Diccionario ideológico), Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez o César Vallejo. Jesús Mosterín, catedrático de Lógica, ha llegado a proponer escribir como se habla, indicando él unas normas, claro está. Las normas son incuestionables cuando hay más de un hablante... Siempre habría que aprenderlas. Y enseñarlas.

Por otra parte, pensadores e intelectuales han relacionado también el tema de la ortografía con el desinterés creciente hacia las humanidades. Y ven como un síntoma más de la depredación de la cultura y del empobrecimiento de nuestra lengua, la poca consideración que ciertos grupos económicamente importantes manifiestan en la corrección ortográfica: telefónica, así sin tilde; o la cabecera *El País*, también sin la tilde; o en los mismísimos ministerios públicos mensajes en los que no se aplican regla alguna. (Fomento tiene una buena colección de faltas en carteles públicos: autovía, arcen, Avila...).

Hace ya un par de años, en este mismo periódico, en un artículo memorable (¡Muhera la hortografía!) se quejaba el maestro Perona de un decreto de la universidad de Madrid que permitía aprobar la selectividad con faltas de ortografía. ¡La propia Universidad tolerando la ignorancia!, venía a decir. Aquí no se queda la cosa: incluso se ha llegado a considerar la ortografía como un problema político y sociológico, identificando la norma con poder, con tiranía que oprime y no deja desarrollarse a sus anchas a las clases populares, siempre más indocumentadas... (Parece también que es mejor que lo sigan siendo).

Si nos acercamos más a nuestra realidad, al mundo de la enseñanza, la ortografía es un tema que aparece continuamente, cada vez que charlan dos profesores, o en toda sesión de evaluación que se precie: «Los alumnos no saben escribir. Tienen montones de faltas de ortografía. ¿Qué pasa en las clases de Lengua?». La mala ortografía es un argumento de peso para suspender algunas materias, polémico casi siempre, porque “Si llo se me ha calderon de la Varca, por que alla hescrito hargo mal...”

Así que no me extraña, como había empezado diciendo, que en el reciente congreso de profesores sobre la escritura se haya hablado de ortografía. Pero lo que sí me ha extrañado leer en la prensa es que aún se siga cuestionando el hecho de la corrección. Así, literalmente. De que resulte *ideológicamente incorrecto* corregir los errores, señalar de rojo (o de azul, da igual el color) las equivocaciones; indicar al alumno que ha escrito mal tantas palabras, que no ha puesto las tildes, o que los nombres propios se escriben con mayúsculas. Y que dicen los “expertos” que devolverle un ejercicio corregido pueda herir su sensibilidad y mermar sus capacidades expresivas. ¡Con el trabajo que cuesta corregir, y la dedicación que supone!

Creo que desde pequeño el chico sabe que va al colegio a aprender, a que el maestro le enseñe y le corrija. Y corregir no quiere decir humillar, ridiculizar, poner de cara a la pared. No. Las buenas maneras ante todo. Lo malo es que el maestro, o el profesor, no tenga la idea clara de qué, cuándo y cómo hacer con esto de la ortografía. Porque la ortografía se enseña cada vez que se escribe. Se enseña desde que se empieza a escribir *mamá*. Si un parvulito ve cómo su maestra pone un palito sobre la segunda *a* de mamá, se lo pondrá él tan contento, sin trauma alguno. Se enseña en cada momento, siempre que se escriba algo, sea en Música o en Ciencias Naturales. Y si un profesor se ha dado cuenta de que sus alumnos de ocho, nueve años, empiezan a escribir con minúscula, o no han aprendido todavía a escribir correctamente palabras tan usuales como *hacer, haber, echar, tener, ir, coger, deber...* tiene como principal objetivo enseñarlas. Antes de explicar qué es un sustantivo o

de enseñar a dividir. No hay por qué seguir el Miranda Podadera, un manual clásico y ya fuera de contexto. Pero de eso a nada, o a no tener un plan preconcebido, hay un abismo. Y hay que corregir siempre que haya un error...

En fin. Dudo de que un alumno de diecisiete o dieciocho años, consciente ya de su propia formación intelectual, agradezca a sus primeros maestros el hecho de que le respetaran sus capacidades creativas sin indicarle los desaciertos ortográficos que había cometido. Es más, sé que cada vez que este alumno (bastante abundante, por cierto) escribe un par de folios, sabiendo que puede cometer cincuenta o sesenta errores, lanza maldiciones terribles por verse y sentirse víctima de un desviado criterio sobre la enseñanza de la Lengua. Y no sólo maldice: evita, siempre que puede, dar rienda suelta por escrito a toda su capacidad imaginativa, a sus opiniones y sus conocimientos.

Junio, 1999

6 . F R A C A S O E S C O L A R

Un anunciado fracaso escolar

Para muchas familias estos días que corren han sido días de notas y boletines, de fiestas escolares, de risas y de lágrimas. La presencia de los padres en los centros educativos ha dado un aire diferente a las aulas y a los pasillos, que pronto volverán a estar silenciosos y mostrarán, sin el bullicio de los alumnos, urgentes necesidades de pintura, limpieza y arreglos. Las clases se acaban con más pena que gloria.

Si hacemos caso de las estadísticas, sabemos que una tercera parte de los alumnos de ESO no van a aprobar el curso, que terminará realmente en septiembre. Tampoco lograrán su objetivo el 48% de los que aspiran a ser bachilleres. Estamos hablando de unas cifras, que sólo en la Región de Murcia, superarían los treinta mil jóvenes, que son muchos jóvenes; son los jóvenes que acaparan el desempleo y a los que la sociedad y el sistema educativo están dando reiteradamente la espalda. Volvemos estos días finales de junio a toparnos con un anunciado fracaso escolar, que además nos coloca en los últimos puestos de la lista de los países europeos, concretamente, en el penúltimo de la cola –nos supera en fracaso nuestro vecino Portugal–. Insisto: es un fracaso anunciado y esperado, que se va repitiendo año tras año y sobre el que no se termina de intervenir con eficacia para evitarlo, o al menos, para reducirlo a unas cifras más esperanzadoras... El caso es que los suspensos sientan fatal a todos: a los padres, a los profesores, a las autoridades educativas, a los gobernantes, al los preocupados por la Hacienda pública –es tirar en saco roto los miles de euros que cuesta al año un estudiante–; los suspensos sientan fatal hasta a aquellos alumnos objetores que parece que pasan y que no han demostrado el menor interés por el estudio a lo largo del curso. A nadie le gustan estos

descalabros previsibles que llegan en junio y se confirman en septiembre. Pero no se ponen realmente remedios para evitarlos, ya digo. Y se podrían paliar en gran medida si, de una vez por todas, se interviniera en el sistema educativo partiendo de una obviedad general: no todos los alumnos son iguales. Todos tienen los mismos derechos de partida, eso sí, pero no todos poseen las mismas actitudes, aptitudes, capacidades, disposiciones ante el estudio y la convivencia... Sus intereses vitales son múltiples y hasta divergentes. Proceden de familias distintas, con variadas problemáticas y circunstancias; y distintos son los contextos sociales, culturales, económicos en los que se desenvuelven. La enseñanza tiene que ser discriminatoria, diferenciada, múltiple, compensatoria. El fracaso escolar es un problema perfectamente determinado, detectado y sufrido no sólo por los profesores a pie de aula; los analistas ministeriales y de las instituciones nacionales e internacionales de evaluación educativa (INCE, OCDE...) también advierten de su existencia con preocupación y con informes, que parecen que caen en saco roto. Existen tratamientos específicos aplicados en países como Finlandia, el modelo que ahora se encuentra en el punto de mira, el primer país de la lista. Los estudiantes finlandeses tienen a lo largo de la secundaria obligatoria mil seiscientas horas lectivas menos que los españoles; sólo dedican media hora diaria al estudio –los españoles dos horas, por término medio– y aprenden cuatro lenguas –los españoles no terminan de aprender ninguna–; y más del 70% llega a la Universidad y termina una carrera universitaria –en España, sólo el 50% de los bachilleres llega a la Universidad, y logran terminar la mitad–. El secreto está en el menor número de alumnos por aula; en la diversificación de niveles; en las horas semanales que dedican a la lectura desde bien pequeños; en la consideración social de la enseñanza, a la que destinan anualmente, por alumno, casi seis mil euros más que en España (en realidad, en España hay muchas diferencias entre Comunidades: anualmente los vascos destinan 4.400 euros por alumno mientras que en Madrid, por ejemplo, destinan 2.200); en una exhaustiva formación del profesorado, al que exigen un nivel considerable, pagan el doble que al profesorado español y respetan su carisma profesional; en la abundancia de recursos; al uso sistemático de las nuevas tecnologías; a las películas en versión original por televisión y cine; al cumplimiento de unas normas de convivencia; en definitiva, al interés general por la educación de los jóvenes.

Aquí estamos dejando pasar los problemas educativos, cerramos los ojos ante la evidencia del fracaso anunciado, se alienta el triunfo de la ignorancia y de la mala educación. Incluso se crean espacios públicos para las borracheras de los fines de semana. Así nos irá...

Julio, 2006

Una radiografía del fracaso escolar

En España, el 31,1% de los escolares no logra obtener el título en Educación Secundaria, más del doble de la media europea. Esa cifra aumenta, incluso, en la Región de Murcia, que ronda el 33,7%. Los datos son del propio Ministerio y deberían escandalizarnos a todos. Si ahora mismo hay matriculados más de un millón ochocientos mil alumnos en la ESO, ya se sabe que casi seiscientos mil jóvenes no van a terminar con los conocimientos y las habilidades básicas y mínimas; y que este grupo de jóvenes pasará al mundo laboral sin cualificar y sin una formación cultural adecuada a los años que han estado en un centro educativo y a las cantidades económicas que se han invertido en su formación. También sabemos que de ese millón ochocientos mil matriculados en la ESO, sólo seiscientos mil cuatrocientos se matricularán en bachillerato, muy pocos, tristemente; y de todos estos datos podemos deducir, redondeando las cifras, que los alumnos que quedan, los que han obtenido su certificado en secundaria pero no se han matriculado en el bachillerato, un número cercano a los seiscientos mil, podrán acceder a la formación profesional de grado medio si es que no se incorporan al mercado laboral. No pretendo marear con estadísticas y porcentajes, pero el caso es que más de un millón de jóvenes españoles estarán este año que empieza en precariedad formativa y ante un panorama laboral poco alentador. Formarán parte de esos ochenta millones de personas no cualificadas profesionalmente que habitan en la U.E.

Durante unos días, la Educación ha estado en los medios y en las tertulias; incluso en las calles y plazas, con pancartas y reivindicaciones partidistas, incidiendo en

aspectos que no alcanzan, creo, al fondo de la cuestión. Pero aprobada la nueva ley, perdida ya la actualidad informativa, las aguas vuelven a sus silencios de *normalidad*; la colectiva y voluble conciencia ciudadana se ocupa en otras urgencias y la vida en los ámbitos educativos sigue transcurriendo igual, con la inercia de años, con los graves problemas detectados sin resolver, con un negruzco panorama de expectativas, con la soledad de los que nadan a contracorriente, y, lo más preocupante, sin terminar de adaptarse a las nuevas circunstancias que exige el siglo XXI y las directrices europeas.

Algo tan básico y fundamental como la lectura se ha ido relegando por la gramática y los análisis gramaticales desde la más tierna infancia. Nuestros índices lectores están muy por debajo de la media europea y nuestros alumnos no se destacan precisamente por las capacidades de comprensión lectora y de relación. Y lo malo es que leer se sigue identificando demasiado a menudo, y erróneamente, con perder el tiempo; a veces son los propios profesores, tan imbuidos y presionados por los contenidos curriculares, los que se cuestionan los programas de lectura en los distintos niveles y ponen pegos a que los alumnos vayan a leer a la biblioteca escolar en tiempos lectivos. Pero sin el dominio de la lectura no se construye la abstracción. Las deficiencias en la lectura repercuten, está demostrado, en todo lo relacionado con el estudio y el pensamiento. Confiemos en que los Planes de Fomento de la Lectura que se están iniciando por decreto en la Enseñanza Primaria logran desviar esta tendencia a la baja. Y que algo similar se empiece a aplicar cuanto antes en la ESO.

La enseñanza de idiomas es otro de los grandes fracasos de nuestro sistema educativo: el 97,7% de nuestros bachilleres han cursado, como mínimo, 9 años de inglés, ¡nueve años!, (el 2,1% lo hizo de francés, y el 0,2% estudió otras lenguas) y son poquísimos los que terminan hablando y comprendiendo la lengua estudiada. Un ejemplo claro lo vemos en el vergonzoso uso del inglés o del francés de nuestros políticos más relevantes, sin ir más lejos. Son poquísimos los alumnos españoles de secundaria que salen al extranjero a perfeccionar la lengua estudiada y aunque empieza a haber ayudas oficiales, programas de intercambios escolares, y algunos cursos de enseñanza bilingüe, aún estamos lejos de alcanzar los niveles comunicativos mínimos. ¿Qué es lo que pasa? Un alumno europeo se defiende oralmente en una lengua extranjera con un año de estudio. Nosotros volvemos a caer en las estructuras gramaticales y en una didáctica de la lengua escrita.

El tercer gran reto apunta hacia las nuevas tecnologías: casi un 40% del profesorado no alcanza el nivel de usuario en los centros públicos (son datos del 2001), y

por lo tanto nunca utilizan estos medios en sus clases. Es verdad, también, que la media estatal es de 5,8 ordenadores por cada 100 alumnos de secundaria, y que en la mayoría de las clases no hay ordenadores, ni conexiones a internet, ni proyectores que puedan apoyar las explicaciones del profesor. No llega al 27 % el número de centros públicos españoles que tienen página web actualizada y “viva”. Y aún está muy lejos la comunicación didáctica y tutorial a través de correos electrónicos, blogs, espacios virtuales... Seguimos estando a la cola de Europa y utilizando los viejos recursos. ¿Cómo va a ser lo mismo seguir en un mapa el recorrido del Segura, por ejemplo, o hacerlo a través de las posibilidades que ofrece *Google Earth*? Compruébenlo ustedes mismos.

En la actualidad España destina a la educación 5.385 dólares por alumno, mientras que la media de la OCDE es de 6.821. Estamos entre los 10 países que menos invierten de la OCDE. Pero no es todo cuestión de dinero: Corea del Sur registra un nivel de gasto similar al español (inferior en un 30% a la media de la OCDE) y, sin embargo, sus alumnos están entre los que sacan mejores resultados.

Diciembre, 2005

Suspensos aplaudidos

Una tarde de estas de final de curso, después de comer, puesta la tele en un canal en el que hay un programa de entrevistas a esas horas de sobremesa, me encuentro con un grupo de chicos adolescentes que llevan vendidos miles de discos. Son los conocidos “serranitos”, protagonistas de una serie de televisión que hace furor entre los más jóvenes de la familia. Acaban de obtener un disco de platino, tienen montones de galas y conciertos previstos para este verano; de todas partes los llaman. Nunca antes, dicen, habían cantado, y no se terminan de creer el éxito tan descomunal que han alcanzado con su disco, influido, sin duda, por la fama de la serie en la que actúan. Han triunfado sin esfuerzo aparente y sin costosa preparación. Son simpáticos. La presentadora va dirigiéndose a cada uno de ellos y les pregunta por sus personajes de ficción y por su realidad de hijos de familia. Resulta que la chica no ha aprobado el curso: tiene tres o cuatro suspensos –con todo el jaleo de vida no puede estudiar, tampoco es que tenga muchas ganas– y cuando termina de decirlo con desparpajo y alegría, el público joven que está en el plató estalla en aplausos. Luego le toca el turno a otro chaval del grupo. También tiene un carro de suspensos, es un rollo pasado eso de estudiar, y cuando lo cuenta recibe cerrada ovación del público. (Imagino que la ovación y los aplausos no son del todo espontáneos, que un regidor anima a los presentes a que aplaudan y jaleen). Los “serranitos” sonrían cada vez más satisfechos de sus cates. Y no acaban aquí los aplausos. Los otros dos componentes tampoco han aprobado sus cursos respectivos. Todos han suspendido más de tres asignaturas. Mientras van contando sus proezas intelectuales –Dios me libre de llamarlo “fracaso” o algo parecido–, entre risas, todo el público jalea el

orgullo con el que muestran sus calabazas. ¡Qué horror hubiera sido haber aprobado todo, y estar en el bando de los que estudian y aprenden! ¡Qué asco los que atienden en clase, los que hacen los ejercicios y respetan al profesor! A esos hay que perseguirlos, hacerles el boicot y desde luego recriminarles que tengan el boletín sin los honrosos y aplaudidos suspensos.

Claro, que en la serie no se aprecia mucha diferencia en esto de los valores cambiados que queda tan simpático y desenfadado en la vida real.

Me cuentan que hace unos días el chico aplicado de la historia de los Serrano está rechazado por sus compañeros clase –un claro caso de acoso– y no sabe qué hacer para formar parte del grupo. Algunos adultos –muy formados ellos en esto de la ética y los valores– le aconsejan que le haga una pifia a la profesora de turno y verá cómo entonces empieza a ser aceptado por sus colegas. Es más. Hasta le dan la idea: que afloje los tornillos de la pizarra para que en plena clase se caiga... ¡Qué divertido! Y así ocurre: se cae la pizarra sobre la profesora, y la pobre termina con un pie roto. Cuando al chico aplicado le entran los remordimientos al ver las consecuencias de su fechoría –al fin y al cabo estaba aprendiendo a ser irresponsable– estos mismos adultos le aconsejan que no pida perdón, porque a los profesores les encanta estar de baja, y que después de todo rompiéndole el pie le había hecho un gran favor. ¡Qué risa, ji, ji, ja, ja!

Dirán los responsables de la cadena que ellos no juzgan ni valoran los contenidos éticos de la programación, que a ellos les preocupa el índice de audiencia. Dirán los guionistas que ellos se limitan a reflejar lo que ven y oyen, que la serie es un pálido reflejo de la realidad, y que es la sociedad la que está corrompida. Dirán los presentadores que no van a ser ellos los que recriminen a sus jóvenes invitados, ni ellos les van a afear sus desprecios al estudio y a la formación. Que lo hagan sus padres. Dirán los padres que ellos no van a ser menos que los tipos tan simpáticos que salen en la televisión, y que no tienen ganas de estar enfrentándose día sí y día también con sus hijos. Que ellos están para apoyarlos en lo que hagan y para darles la paga semanal. Que para educar ya están los profesores. Y los profesores van nadando a contracorriente y sorteando miles de obstáculos.

Julio, 2005

Al final de la cola

Se acaban de hacer públicos unos datos de la OCDE¹ referentes al ámbito de la enseñanza y resulta que seguimos en los últimos puestos de cola. La población española no termina de mejorar sus niveles educativos a pesar de las reformas y de las contra-reformas. Seguimos estando al final de la cola y no sólo de los países europeos, que también entran en el juego algunos países americanos y orientales. Además, estamos al final en varios frentes a la vez: en la comprensión lectora, en la cultura matemática y científica, en la formación tecnológica, en el número de lectores, de libros y de periódicos, en los porcentajes de españoles que tienen superados los estudios secundarios, en el número de bachilleres, en los que han terminado la formación profesional, en el porcentaje de los que no terminan los estudios universitarios... Incluso es significativo que sólo el 10% de los trabajadores españoles en activo sigan cursos de formación continua ligados a su empleo, ahora que en Europa se apuesta tanto por el aprendizaje permanente. Somos de los países europeos que menos gasta en educación, aunque esto no sea determinante del todo. España invierte el 4,9% de su riqueza nacional, el famoso PIB, cuando la media de los países industrializados es del 6,1%, situándonos, una vez más, en el tercio final de la tabla, con un gasto global de 5.914 dólares por alumno de todos los ciclos de enseñanza, frente al total de 7.343 dólares de media en el conjunto de la OCDE.

¹ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, institución compuesta por treinta estados cuyo objetivo es coordinar sus políticas económicas y sociales.

También durante estos días leo en la prensa que son los jóvenes españoles los que, en proporción, ocupan el primer lugar del mundo en el *ranking* del consumo de cocaína, más del doble que la media europea. ¡Los primeros del mundo! Aquí tendríamos que estar en los puestos finales de la clasificación, pero estamos en los primeros. Y la tendencia de los indicadores de consumo es creciente en la franja de los 15 a los 34 años..., lo que indica que no estamos mejorando. Algo parecido sucede con el consumo abusivo de alcohol, un problema que tampoco se afronta con la rotundidad que requiere y que también nos sitúa tristemente en los primeros lugares de la estadística. Nos topamos con este problema cada fin de semana en todas las ciudades de nuestro país, y sus consecuencias más trágicas afloran en los accidentes de tráfico y en muchos de los accidentes laborales –el 15% de los trabajadores españoles lo hacen bajo los efectos de las drogas–. Afloran en la suciedad de plazas y calles, en los olores a orines y devueltos, en las puertas de las urgencias... Hay barrios que están llenos de carteles y pancartas en las ventanas exigiendo poder dormir, indignados los vecinos ante los escándalos que producen los botellones y ante la aparente pasividad de las autoridades. El abuso de alcohol se vive también en la intimidad de las familias, cada vez más temprana la edad de su inicio; se vive en la violencia creciente de muchos jóvenes, en el mal-humor crónico y en la desgana. Muchos adolescentes asocian divertirse con beber sin cortapisas, compulsivamente, sin terminar de creerse las nefastas consecuencias que esta costumbre tiene para su desarrollo. Y lo hacen por mimesis, para ser aceptados por el grupo, alterando no sólo sus horarios de sueño; también su conducta y sus valores.

Tal vez sea oportuno relacionar estos dos inventarios: los datos de la educación y los del consumo de drogas. Relacionar las cifras del fracaso escolar con las cifras de los jóvenes que se emborrachan, consumen hachís, cocaína, o pastillas cada fin de semana. Es verdad que hay que replantearse en muchos casos las metodologías didácticas y que hay que potenciar en los centros las bibliotecas escolares, apenas usadas como centros de recursos; que es necesario el uso sistemático de las nuevas fuentes de información en las aulas –el profesor no debe ser el único trasmisor de los conocimientos; debe inducir el aprendizaje–, y que hay que ir adaptando los contenidos curriculares a las nuevas necesidades que traen los tiempos. Pero la falta de disciplina, la relajación de las normas, la ausencia del respeto, la violencia, las contestaciones inapropiadas, la poca consideración del esfuerzo, la zafiedad, todo eso que rodea el fracaso escolar, y que hace difícil la tarea de enseñar, no es cuestión exclusiva del currículo y de los profesores que lo imparten; y no se arregla, ni mucho menos, pasando de un curso a otro a los alumnos suspensos.

Se arregla movilizand o a toda la sociedad, sin distinciones ideológicas. Empezando por aquellos padres que temen enfrentarse a sus hijos, y no asumen plenamente su educación. Siguiendo con la penalización sin miramientos de los que nutren a los jóvenes y adolescentes de drogas y alcohol. Eliminando de la televisión las programaciones basuras, tan abundantes, cuyo único objetivo es elevar los índices de audiencia a cualquier precio. Con la disciplina del deporte. Con proyectos culturales serios. Con los viajes... Es cuestión de todos darle la vuelta a los resultados de las estadísticas.

Octubre, 2007

7 . C O N V I V E N C I A E S C O L A R

La violencia silenciosa en el aula

María –son muchas más de las que parecen– es una chica tímida, responsable, con ganas de integrarse lo mejor posible en el grupo de su clase de ESO. Las inseguridades propias de su edad la hacen vulnerable. Y si a esta inestabilidad de la adolescencia sumamos las que vienen directamente de la sociedad actual, el sentirse gorda y poco atractiva, por ejemplo, o no llevar ropa de marca, sus complejos se acrecientan y su personalidad se bambolea en un mar de dudas. Se ha taladrado varias veces las orejas y luce un *piercing* en el ombligo; todo por ser de la grey, por no parecer distinta. Le gusta aprender, pero ha renunciado a preguntar a sus profesores cualquier duda que se le presente, ni siquiera se atreve a manifestar interés alguno por nada, por miedo a ser rechazada. Nunca levanta la mano, y prefiere el cero a decir que ella sí ha hecho los ejercicios. La ilusión inicial que tenía por el instituto –por el colegio– se va transformando en desgana y apatía; cada mañana le cuesta más trabajo ir a clase. No se siente cómoda. No quiere salir de casa. Lloro a escondidas... Siempre está triste, de mal humor. Se va volviendo cada vez más desconfiada. No puede entender que sea el blanco de los insultos, de las amenazas, de la violencia soterrada de sus compañeros, ella, que no se mete con nadie, que nunca juzga a nadie, que quiere estar bien con todos. No puede entender que le escondan las libretas, o que le pintarrajeen sus libros con frases insultantes, o con dibujos soeces, que le tiren papelitos amenazadores, que la empujen por los pasillos, que le escupan, que la sigan un buen trecho a la salida de clase haciéndole burlas o riéndose, o repitiendo el mote con que la conocen. No se atreve a contar a nadie sus problemas, además, si lo hace, la despreciarán aún más, la llamarán chivata, o le pega-

rán una paliza, ya se lo han advertido. Es el blanco perfecto de los violentos soterrados. Pero no es la única. A Pepe, Juan, o Carmen les ocurre lo mismo. Les han roto los trabajos de tecnología, les quitan los bolígrafos todas las semanas, se comen sus bocadillos de vez en cuando, les han puesto la zancadilla, los han encerrado en los aseos. Oyen cuchicheos y risitas cuando intervienen en clase si les pregunta el profesor, un día y otro, lo hagan bien o lo hagan mal. También tienen sus motes, sus burlas y sus amenazas que llevan como pueden, en silencio abochornado. Mejor que nadie sepa, mejor pasar como si nada. Aguantar, o hacer lo mismo al que viene detrás, al de integración, sin ir más lejos, al más débil, para sentirse fuerte, para ser como los otros, para buscar su propia aceptación.

Estos casos de violencia y de abusos entre iguales no son nuevos. Existen desde el principio mismo de la historia de la humanidad. Y se siguen repitiendo un día y otro en numerosas aulas de nuestros centros escolares, sin que los profesores nos enteremos de nada. Recientemente han sido estudiados por el Defensor del Pueblo, y analizados por pedagogos y estudiosos; hay cifras y estadísticas, datos de agresores y agredidos, propuestas de intervenciones, desarrollos normativos y regulaciones legales... Incluso la Administración ha preparado programas específicos, que en la realidad no se aplican. No deja de ser una forma de violencia consentida y aceptada, difícil de erradicar.

En fin. Animo desde estas líneas a que los profesores investiguen un poco en sus aulas –o en sus tutorías– y comprobarán que ninguno de sus alumnos se ha librado de estas agresiones silenciosas en las que se encuentran enredados. ¡Qué tristeza...!

Junio, 2002

**Publicado en “El Colegio Informa” –Ilustre Colegio de Doctores
y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias–.**

Dos violencias en el aula

Una es la violencia silenciosa, la soterrada, la que se oculta por vergüenza y por no seguir siendo el blanco de las burlas y de los escarnios; la otra violencia es visible y escandalosa, acompañada de voces malsonantes, amenazas, gestos hostiles, y hasta de agresiones físicas. Las dos violencias conviven peligrosamente en muchas de las aulas de nuestros centros educativos, y se han hecho dueñas del espacio y del tiempo que debería ocupar la ciencia, el arte, la música, la literatura... Han llegado hasta las páginas de los periódicos y a las parrillas de los telediarios. La primera, la violencia silenciosa, ha existido desde siempre. Es la violencia entre iguales, la que ejercen unos alumnos sobre otros, y que se manifiesta día a día cuando a un compañero le esconden las libretas, o le pintarrajean los libros con frases insultantes, o con dibujos soeces; cuando le tiran papelitos amenazadores, le empujen por los pasillos disimuladamente, le escupen, le hacen burlas, o le repiten por lo bajini el mote con que le conocen. Le rompen los trabajos, le quitan los bolígrafos todas las semanas, se comen sus bocadillos de vez en cuando, le ponen la zancadilla, lo han encerrado en los aseos. Son los cuchicheos y risitas a su paso, el desprecio y el aislamiento... Los que la sufren, no quieren contarlo a nadie, porque se sienten avergonzados de una debilidad que no es tal. Y los que la observan tampoco se atreven a denunciar para no ser ellos los siguientes en padecerla. Y es mejor, piensan, que nadie lo sepa, mejor pasar como si nada ocurriese y tragarlo todo en soledad y aislamiento. Muchos profesores ni se enteran; otros prefieren no enterarse para no verse enredados en más madejas conflictivas, que son otros hilos los que llevan entre manos con sus asignaturas. Y después de todo, ay, no deja de ser una forma de violencia con-

sentida y aceptada –sigue imperando la ley del más fuerte–, difícil de erradicar, como la violencia doméstica. El que la sufre quiere dejar de ir a clase, se vuelve triste y agresivo, le ronda la depresión y, como se ha comprobado, hasta puede llegar al suicidio.

La otra violencia, la escandalosa y visible, es una novedad que viene aflorando desde hace unos años, cuando las normas de educación y de disciplina se confundieron con el autoritarismo y en la vida familiar se dejaron de lado lo que todos entendemos por buenas costumbres. Es la violencia de los que nunca han sido corregidos por sus padres, y han campado a sus anchas, imponiendo desde chicos su tiranía, a todas horas; es la violencia de los matones, de los que gritan en los pasillos y pelean en los recreos; quieren demostrar su poder a fuerza de provocaciones cada vez más arriesgadas: dan patadas a las puertas delante de los profesores, pintan con descaro en los pupitres, rompen los váteres, anegan los lavabos, amenazan con daños personales... Es una violencia que rompe los esquemas establecidos: el niño insulta y arremete contra el adulto, sea su profesor o su mismísima madre, le contesta con desaires y tacos, le cuestiona sus indicaciones de forma chulesca y bravucona. Es la violencia que ejercen, sobre todo, los que no quieren estar en el aula y se ven obligados a permanecer en ellas seis horas cinco días de la semana, con unos programas que le son absolutamente ajenos. Son los reventadores del clima de trabajo y los que se apropian de unos liderazgos invertidos, nefastos, porque logran cambiar los valores del grupo: los responsables y estudiosos son tachados de “pringaos” y panolis, mientras que los que rompen por sistema las reglas del juego provocan admiración y envidia. Son los que juegan con las drogas y se las juegan con las motos. Y les da lo mismo ocho que ochenta.

¿Y podrá un compañero de estos objetores escolares, por mucho que lo instruyan en el Tribunal Superior de Justicia, ejercer de mediador educacional y actuar de juez de paz en los conflictos? ¿Creen en serio las autoridades educativas que se van a resolver los graves y diarios problemas de conducta que trastocan la vida de los centros con este juez adolescente...? ¡Estamos apañados con el experimento!

Diciembre, 2006

Estudiar a la fuerza

La enseñanza obligatoria hasta los dieciséis años está ocasionando en muchos centros verdaderos y complejos problemas a los que habrá que dar solución. Y pronto. Desde luego, no se resuelven en absoluto con la intervención de la Policía Municipal, que en algunos Ayuntamientos ha empezado a *colaborar* sacando a los chicos de los juegos recreativos, o de las plazas, donde tranquilamente pasaban el rato, y los llevan, con más o menos mimos, hasta el Instituto (no quieren que los chicos piensen mal de ellos, y tienen razón, qué caramba). Tampoco es solución viable la que proponía hace unos años el escritor Luis Landero, que auguraba un futuro cercano donde los profesores tendrían que acudir al aula con una persuasiva pistola, que podrían bien visible sobre la mesa, antes de comenzar la clase. (Es posible que ya haya llegado ese futuro, y sea este mismo presente). Las adaptaciones curriculares y los programas personalizados que propone la LOGSE, una pena, tampoco sirven de mucho, y nada si el alumno no está por la labor. Ni siquiera sirve el mejor profesor, el más motivador y creativo de los docentes, el más preparado en técnicas metodológicas y de evaluación...

Imaginen un aula con treinta grandullones adolescentes de catorce, quince, dieciséis años. Y entre ellos, un grupito de cinco o siete, o hasta diez, que no quieren de ninguna manera hacer nada. (Además, es una actitud contagiosa, que se va propagando gregariamente, como el gusto por el botelleo los fines de semana). No suelen llevar ni cartera, ni libros, ni libretas, ni utensilios para escribir. No les interesa ningún tema relacionado con la cultura, con la ciencia, con el arte, con la actualidad.

Si tienen ganas de hablar, o de reír, o de meterse con el compañero, o de intervenir, cuando consideren, con el tono que mejor les plazca y que más gracia haga, o que más moleste a quien tengan delante, lo hacen sin rubor alguno. Amparados en no se sabe qué, destrozan el mobiliario, queman mesas, rompen papeleras, borradores, paneles, pintarrajean las paredes... No temen las sanciones. Sus padres no saben qué hacer, o ya no les importa. Están tan acostumbrados a recibir las quejas, a reunirse con los tutores, con los Jefes de Estudios, que ya les molesta el tema, y algunos, para tener al niño contento, –es terrible cuando se enfada– le han regalado una moto. Estos chicos han ido pasando de curso en curso, desde hace ocho años, o más, sin aprender lo mínimo, sin leer correctamente, sin saber las tablas de multiplicar, sin superar ninguno de los objetivos de las distintas etapas. Desde pre-escolar han sido muchos de ellos *inadaptados al sistema*. Y ahí están, ahí siguen, a la fuerza, impidiendo y boicoteando el desarrollo normal de una clase. Más inadaptados cada vez. Y un día, y otro, y otro más. Sin que el sistema encuentre soluciones. Cuando cumplan los años, se perderán en la sociedad, en el mundo del paro, o en el del trabajo si tienen suerte; formarán parte de las estadísticas de los que carecen de formación. No se les notará nada que hasta los dieciséis años estuvieron en un centro educativo. Es posible que alguno se arrepienta de los años perdidos, y se matricule en un Centro de Adultos...

Pero ahora están aquí. Son, ya digo, unos cuantos alumnos en cada grupo –cada año aumentan– que están impidiendo que los demás puedan disfrutar de un derecho, el derecho a la enseñanza. Sus compañeros de clase no pueden avanzar al ritmo adecuado. No se atreven a preguntar, o a mostrar interés. Se debaten en una ambigüedad de valores. Las clases son tensas, y se interrumpen continuamente para tratar de poner cierto orden. El ambiente no es agradable.

Los profesores se cuestionan el sentido de su profesión, y los que pueden, se acuerdan con añoranza de tiempos pasados.

¿Es esto la Enseñanza Secundaria Obligatoria? ¿Es esta la Reforma educativa? ¿Dónde están los medios para poder afrontar estos problemas de convivencia y de aprendizaje? ¿Hay que seguir teniendo en las aulas de enseñanza reglada a los que no quieren estar en ellas?

Los *estudiantes* a la fuerza tendrán, al final, un fraudulento título en Educación Secundaria. No habrán aprendido a leer.

Marzo, 1999

8 . V A R I O S

El bañador en las aulas

El bañador, cualquier prenda o conjunto de prendas para bañarse, según indica el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, ha dejado de ser el atuendo veraniego apropiado para ir a playas, riachuelos, piscinas, alboreas o pantanos. Ahora, cuando van llegando los calores, y en nombre de la comodidad y de la libertad, sin dejar atrás una significativa carencia del sentido del ridículo y del saber estar, ahora, decía, no es extraño encontrarlo en los lugares más insólitos, alejado de las azules y refrescantes aguas, tierras adentro incluso. En una iglesia, en la delegación de cualquier ministerio, en la cola de un banco, en los autobuses urbanos, en los museos, en los cines... Cada vez con más frecuencia nos encontramos con estos calzones, generalmente floreados, llamativos, aunque también los hay de colores discretos, puestos en mocetones (y no tanto) carentes de complejos.

Las piernas al aire, rematadas con zapatos y calcetines, botas deportivas, sandalias o chancletas, que todo calzado vale. El complemento ideal puede ser una camiseta de ancha sisa y amplio escote, que deja al aire brazos, buen trozo de espalda y de pecho. Y una gorra puesta del revés, con la visera hacia atrás.

Pues bien. De esta guisa, como deberían andar por las playas, empiezan a aparecer por las aulas algunos alumnos de la ESO, del Bachillerato y hasta los he visto en la mismísima Universidad. A veces el bañador se sustituye por unos culotes de ciclista, ajustados hasta la mitad del muslo; o por un pantalón corto, propio para hacer cualquier otro deporte. Y así vestidos en el aula, se sorprenden cuando se les invita a que se quiten la gorra; y se escandalizan, tachándote de «profe retro» o

«facha», cuando se les indica que a clase de Lengua Española, o de Física y Química, por poner un ejemplo, se debe acudir vestido para «clase», con cierto (sólo cierto) respeto hacia el «saber», y hacia los demás.

Lo primero que argumentan estos alumnos (y algún que otro docente, que también los hay usuarios del bañador) para justificar tan aireadas prendas, es el calor. Después esgrimen con desparpajo la Constitución, que suponen ampara el derecho a ir como a cada uno se le antoje, rebajándola a justificar el mal gusto. Por último, tras señalar que a tal profesor no le importa dar su clase con alumno en bañador y con la gorra puesta, razonan que ellos estudian en un centro público. Y que en la enseñanza pública, no hay por qué andar con tonterías de ese estilo, más propias de los centros privados.

Lo más triste del caso es quizá el concepto que estos alumnos tienen de la enseñanza pública: suponen que todo está permitido, y creen que las normas básicas de educación deben brillar por su ausencia. Esa misma razón está detrás del deterioro del mobiliario, de la suciedad en los servicios, de las contestaciones airadas, de las agresiones... La falta de respeto y consideración por el centro de enseñanza, y si me apuran, hasta por la enseñanza en sí, se refleja también en el modo de ir vestidos. Estos mismos alumnos, sin embargo, reconocen que no asistirían así a un programa de televisión, a una boda, a recoger un premio, o la consulta de un abogado... Tienen asumido que a determinados lugares se debe acudir con una indumentaria apropiada. Pero eso no lo asocian con el centro de enseñanza, lamentablemente.

El péndulo de la historia se balancea de un extremo a otro: hace unas décadas había que acudir a los exámenes con chaqueta y corbata; ahora, o en unos años, se acudirá con bañador. A no ser que impere el sentido común en las normas de convivencia.

Mayo, 1997

Con la educación seguimos topando

Cuando los gobernantes de turno empiezan a cambiar por sistema lo que hizo el anterior, malo, malísimo. Porque es una prueba palpable de que el asunto que se va a resolver, sea el que sea, es lo de menos; que lo que importa es quitar lo de antes y poner lo de ahora y se cae en un revanchismo infantil y absurdo que deja perplejos a los afectados.

En Educación esto que digo lo llevamos sufriendo desde la antigua UCD. Basta un ejemplo simple y revelador para que se den cuenta de lo que digo: en la LOGSE se hablaba de “*áreas curriculares*”; con la abortada LOCE se volvía al término “*asignatura*”; y con la inminente LOE se instaura el de “*materia*”. No crean que son sinónimos, no, porque detrás se supone que hay toda una concepción de la enseñanza ideada por los pedagogos de turno, cuyo primer principio determinante es el de proponer lo contrario de lo que había. Al margen quedan pendientes los auténticos problemas de los alumnos, de los profesores, y de la misma organización escolar.

El caso es que ahora, tras un año de silencio y de incertidumbres varias en torno a los aspectos más significativos de la LOCE –los itinerarios, la reválida, las repeticiones de curso, la iniciación profesional, el cuerpo de catedráticos...– el Ministerio de Educación hace público un nuevo Proyecto de Ley que convence a muy pocos de los implicados en esto de la educación, y que ha dejado alarmados incluso a los afines. En vez de legislar para ir solucionando problemas, que los hay importantes ahí están los informes de la OCDE sobre lectura y matemáticas, ahí los resultados palpables del fracaso escolar, ahí los ridículos bachilleratos de sólo dos años, o la muy preocupante vio-

lencia y la objeción escolar, por no hablar de los escasos presupuestos y dotaciones...– legislan creando problemas nuevos. Proponen utopías tales como la organización flexible de los centros y de las aulas, los desdobles, las optativas, los programas de refuerzo y de tratamiento personalizado basados en los principios de no discriminación para la consecución del título en Educación Secundaria. Han leído bien, de no discriminación. Y dolosamente pretenden eliminar la Filosofía en los bachilleratos de Humanidades y la Ética en 4º de la ESO; pretenden reducir considerablemente, en los tres primeros años de la secundaria, la carga lectiva de Plástica, de Música o de Tecnología –que ya no se llamará Tecnología sino que tendrá el muy rimbombante de “Procesos tecnológicos e informáticos”– y siguen ignorando la Historia del Arte, o la Literatura Universal, por no hablar de la Física, ni de la Química, o del Latín.

Aparece en el panorama, en cambio, una materia nueva, “Educación para la ciudadanía”, ligada a un nuevo objetivo general de toda la Secundaria: Formar a los alumnos para el ejercicio de sus derechos y obligaciones en la vida. Frente a esta propuesta de carácter ideológico y formativo, ¿qué importa que los alumnos salgan de la Educación Secundaria sin haber oído hablar de un tal Miguel Ángel, de Boticelli o de Bertrand Russell, sin tener idea de quiénes son los mejores escritores franceses, italianos o alemanes, o a qué dedicó su vida Frederick Chopin? Y peor aún, ¿para qué les hará falta a los futuros ciudadanos de esta España nuestra una educación plástica, visual, musical, científica o literaria si será mejor para ellos no tener criterio intelectual alguno ni sabiduría que pueda resultar discriminatoria –no hay que saber más que el vecino–, o que propicie, encima, la disidencia...? ¿Qué sentido tiene aprender a leer e interpretar imágenes y colores, a emocionarse ante un cuadro o a expresar unos sentimientos a través de líneas, formas y planos...? Son mucho más rentables y socialmente correctas la educación sexual, la coeducación, la educación vial, para el consumo, para la salud o la ciudadanía...

La ciencia, el arte y la cultura van siendo disciplinas relegadas del mundo educativo a pasos agigantados. La ignorancia se extiende sin esfuerzos, igualando a todos, dirigentes y dirigidos. La ramplonería que nos acecha se asoma ya a las pantallas de la televisión: basta con poner la tele en la sobremesa y hacer un poco de *zapping*. El desaguado (hecho contra la razón) de la educación secundaria y del bachillerato no tiene pinta de recomponerse con las nuevas propuestas del Ministerio y, más aún, no parece ser sino la avanzadilla de un mundo educativo nuevo, en el que no imperará sino el rencor hacia todo lo que significó, desde el siglo XVIII, la Ilustración.

Marzo, 2005

La educación en rama

Asistimos estos días a numerosos debates y tertulias sobre algo tan delicado como la educación de nuestros jóvenes. Programas de radio, de televisión, editoriales y artículos en los periódicos, manifestaciones en las calles, convocatorias de huelgas, declaraciones de personalidades, reproches y contra-reproches entre los políticos... Para alinear el panorama se han hecho públicos unos informes europeos más que preocupantes, en los que se valora muy por debajo de la media la educación en España. La educación ha venido a sustituir a las interminables discusiones sobre las autonomías y los estatutos. Pero el caso es que no se termina de centrar el tema, por mucho que se hable de él: la cuestión de la Religión es en realidad algo tangencial, tal y como están las cosas; y si bien es un asunto sobre el que se tendrá que seguir discutiendo, los hay mucho más importantes y esenciales que no están resueltos, sobre todo para los que estamos a pie de aula... Sin ir más lejos:

No se dan soluciones eficaces y educativas para todos aquellos alumnos de ESO, cada vez más numerosos, que no quieren ni bien ni mal estar escolarizados, y que ahora se dedican a molestar a sus compañeros, a insultar y desafiar a sus profesores, a impedir que se pueda desarrollar una clase con normalidad, a romper y maltratar las instalaciones. “¡Una m. voy a hacer yo ese ejercicio!” “Porque tú lo digas voy a leer lo que has escrito en la pizarra”, “No me sale del c. traerme la libreta”. Son hijos de familias desestructuradas, o no, cuyos padres ya han tirado la toalla, o nunca la cogieron. Se ha comprobado que no sirven las clases de apoyo, cuando las hay, ni las escasas expulsiones temporales, por mucho expediente disciplinario que se les

haya abierto; también se ha demostrado que esos alumnos no obtienen su graduado en secundaria, por mucho que se vayan acercando al último curso: habrán repetido un año, y seguirán con todas las materias suspensas, haya convocatorias extraordinarias en junio o septiembre. Sencillamente, se niegan a aprender en una enseñanza normalizada y salen de los institutos sin saber leer ni escribir, sin que se les note que han estado quince años de su vida en un centro educativo... Sin oficio ni beneficio.

No se pueden menospreciar los suspensos, ni se debería pasar de un curso a otro con más de dos, se tenga la edad que se tenga. Ni ética ni educativamente es adecuada esa indiferencia hacia el esfuerzo y hacia el trabajo bien hecho. Aquellos alumnos que no alcancen los niveles estipulados en un plazo razonable y siempre que hayan puesto empeño en intentarlo, tendrían que recibir una enseñanza alternativa, adaptada a sus carencias y limitaciones, y no por eso considerar estas diversificaciones (o itinerarios) como enseñanza de segunda clase.

La disciplina tiene que volver a su concepción primera y de una vez por todas despojarse de esa carga peyorativa que ha propiciado desmanes y salvajismos. En el diccionario se define como instrucción de una persona, especialmente en lo moral; o como cumplimiento puntual de las leyes y ordenamientos de una profesión o instituto. Las normas son necesarias para la convivencia, y el no tenerlas confunde y desorienta.

Los centros educativos tienen que ser espacios confortables, limpios y adecuados a los tiempos que corren; tienen que estar dotados con suficiencia y hasta con generosidad, para que se puedan realizar actividades variadas, compras de libros y de materiales. Las nuevas tecnologías deben llegar a las aulas y a las bibliotecas escolares y los servicios de mantenimiento deben ser eficaces y rápidos.

Los centros tienen que estar abiertos a intercambios y viajes de verdadero estudio, con programas institucionales que los financien y los organicen.

Hay que unificar con Europa las programaciones y los currículos, y no dejarlos a merced de gobiernos autonómicos.

Los sentimientos de soledad, impotencia y desconcierto que inundan a los docentes (y a los que están inmersos en las tareas educativas, incluidos muchos padres de familia) hay que combatirlos desde las instituciones, con medidas extraordinarias y con acuerdos que perduren: las leyes deberían ser consensuadas por todos.

Podría seguir, pero se acaba el espacio. Y el horizonte no se vislumbra despejado...

Noviembre, 2005

Puertas abiertas

Ahora que andamos con el tema de la jornada continua en las escuelas y los consiguientes debates entre los que están a favor o los que no aprueban el cambio; o ahora que se acaba de presentar un proyecto para, por fin, empezar a equipar con medios tecnológicos actuales los muchos centros que están sin los recursos necesarios (y de paso rescatar una palabra que se extinguía: plumier, que así se llama el proyecto en cuestión), ahora, digo, saco aquí otro tema polémico, para que no se deje de hablar de la educación, que tanto nos va a todos. El tema de las puertas abiertas. Pues resulta que unos de los problemas que se plantean hoy día en los Centros de Secundaria es precisamente éste: si se dejan abiertas o cerradas las puertas del centro.

Hagamos un poco de historia: siempre los Institutos de Secundaria han estado abiertos, como otros muchos centros públicos. Y durante mucho tiempo, los chicos empezaban a ir a sus aulas con nueve o diez años. Unas criaturitas, vaya. A esa edad ya caminaban solos por las calles, cogían solos los autobuses, y pocos eran los que se escapaban del Instituto, por la cuenta que les traía. Empezaban a ser dueños de sus propias acciones. Eran tiempos diferentes a éstos, claro está. Pero también entonces existían peligros y tentaciones que había que aprender a esquivar. Y aunque no era obligatoria la enseñanza que se impartía, el bachillerato, casi todos los que la cursaban estaban obligados... Algunos años después, hace unos treinta, con la Reforma educativa de Villar Palasí, los chicos dejaron de ir al instituto a tan tierna edad, y permanecían en las escuelas hasta los catorce o quince años. Entonces se

aducían sesudas y pedagógicas razones para justificar su permanencia en los centros de la Educación General Básica.

Y ahora, con la LOGSE, vuelve el péndulo a cambiar otra vez la situación de estas idas y venidas de los escolares al Instituto. Se alarga hasta los dieciséis años la obligatoriedad escolar, y se considera que los alumnos a partir de los doce años estarán mejor escolarizados en los centros de secundaria. Están ya estos chicos en la puerta de la adolescencia, dicen, con razón, los ideólogos de la nueva Reforma. Deben empezar a asumir responsabilidades más serias, a desarrollar sus autonomías, a enfrentarse actuaciones más complejas... Es necesario que salgan del proteccionismo escolar que acoge a los más pequeños, y que se inicien en otro proceso de maduración que les conduzca a ser personas responsables de sus actos, entre otras cosas. Ya llevan ocho o nueve años escolarizados y les llega el tiempo de cambiar de centro y de etapa. Estupendo. Pero con la vuelta de estos chicos a los Institutos —que además vuelven con la mayoría de sus maestros—, se pretende también introducir una norma que es habitual y razonable en las escuelas de primaria: cerrar las puertas de unos centros que siempre habían estado abiertas. ¿En qué quedamos?

Marzo, 2001

¿Por qué le enseñas “gracias”?

Con frecuencia son los propios alumnos los que ponen sobre la mesa las diferencias enormes entre lo que se enseña y su utilidad práctica. Con una lógica bastante aplastante se cuestionan todos esos conocimientos que aparentemente, para ellos, no tienen ninguna utilidad ni valor, y lo único que hacen es aburrir, cargar de absurdos los contenidos, o incluso, alejar del mundo real a aquel que los adquiere, que pasa a convertirse en un bicho raro. Es más: por el hecho mismo de haberlos adquiridos y de haberlos integrado en su vida, esta *rara avis* puede sufrir cierta marginación entre sus colegas. Y hasta llegar a ser objeto de burlas y desprecios...

Verán. Este curso, en unas clases de apoyo, he colaborado en enseñar los primeros rudimentos del español a unos alumnos recién llegados de China. Eran tres adolescentes, dos de ellos hermanos, que no sabían de nuestra lengua ni patata: nada de nada; tampoco conocían el inglés, ni el francés... Una llegada al instituto un tanto angustiosa, de inmersión forzada, aterrizando en un aula donde habitualmente hablan todos a la vez y donde ni siquiera conocían las letras del abecedario. Las primeras clases las dedicamos a aprender nuestros nombres con gestos y risas, que no fue fácil; la edad, el lugar de procedencia –les encantaba buscar sus ciudades minúsculas en el mapa inmenso de China –, la dirección, los primeros números... Y más adelante empezamos con pequeñas frases de cortesía, saludos... Hola, ¿cómo estás?, yo bien, gracias, ¿y tú?... preguntas del estilo ¿cuánto cuesta?, ¿lo puedes repetir?, gracias. Los dibujos, la mímica, el diccionario y la buena voluntad no eran suficientes para avanzar a buen ritmo. Así que uno de los días buscamos la ayuda de otro

alumno chino, que ya lleva un par de años en España, para que nos hiciera de intérprete. Al rato de estar con nosotros, me preguntó muy serio: ¿por qué les enseñan “gracias”, si aquí nadie lo dice? Ninguno de mis compañeros, ni nadie. No se usa esa palabra ¿Para qué enseñarla?...

¡GLUB!

Tío, tú, eh, acho, jo, pos eso, pos sí, pos no, cosa, vale... ¿Tendría que haber empezado por ahí? Me dejó un tanto perpleja la observación del joven Li y dudo que mi respuesta justificando el uso de esa palabra tan esencial en el trato le convenciera del todo. Y es que la mayoría de los jóvenes ha borrado de sus competencias lingüísticas el dar las gracias, así como el uso del usted, el del don, o la precisión del vocablo que utilizan, que es sustituido con comodines y palabras ómnibus que lo mismo sirven para un roto que para un descosido. Tampoco diferencian los jóvenes al interlocutor que tienen delante, y tratan lo mismo al colega, al profesor, al padre, o al vecino de edad avanzada que se encuentran en el ascensor. No es extraño el tuteo al dirigirse al profesor, incluso salpicado de algunas palabrotas si el estado de ánimo no está muy sereno, que siempre parece que los tacos imponen más razones y contundencia. El otro día, sin ir más lejos, me contaron que un profesor de matemáticas que ya peina canas llegó a la sala de profesores diciendo que un alumno al que llamó la atención lo acababa de mandar a tomar por c. Eso sí, educadamente, porque en esta ocasión había utilizado el usted. Con un par, que para eso respiramos aires igualitarios, pensaría el chiquillo. Los modales, los buenos modales, han quedado relegados al nuevo mundo de la marginación, donde habitan los bien hablados, los estudiosos, los amables, los respetuosos. No se pide permiso para entrar o salir, ni se saluda al llegar o al irse, no se dan las gracias ni los de nada, no se utiliza el por favor... Las jergas y hablas de los marginales de antaño han invadido el panorama general. No sólo en las clases, claro. También en el ámbito familiar, en el laboral, en el social.

Por eso no me sorprendió una noticia que leí después sobre la preocupación creciente que dueños de negocios de ropa, zapaterías, perfumerías, restaurantes hacían pública: buscan y no encuentran dependientes, camareros, telefonistas, recepcionistas... con buenos modales, que sepan tratar con educación a los posibles clientes que entran en sus establecimientos. Algunos están paliando este déficit nacional con la contratación de extranjeros, pero por el camino que vamos, en unos años, hasta la tradicional cortesía oriental quedará aquí reducida a la nada. Algo habrá que hacer, porque todo se pega. Así lo intuye hasta el joven Li.

Junio, 2008

Veinticinco Años

Pues sí: veinticinco años y parece que fue hace nada, ayer mismo.

Pero hace veinticinco años ya –¡parece mentira!– que se inauguró el entonces llamado Centro Piloto del ICE, después colegio público Narciso Yepes, en un barrio casi recién estrenado de Murcia capital, con las enormes ilusiones de un puñado de profesores y de casi quinientos alumnos. Un memorable concierto del mismísimo Yepes, el salón de actos repleto de niños, fue la excepcional celebración de su bautizo. Los árboles han crecido y la fachada, entonces llamativa y luminosa, muestra el deterioro del paso del tiempo. Los vecinos se han ido adaptando, pacientes, al griterío de los recreos, a la sirena que anuncia los cambios de clase, al guardia municipal que controla el atasco de coches, de niños y padres en las horas de entrada y salida... Y es que, no en balde, han pasado veinticinco años: los chicos que empezaron con cuatro años están a punto de cumplir los treinta; y los que tenían trece o catorce son ya casi cuarentones. ¡Un cuarto de siglo!

Algunos se quedaron en el camino, para siempre jóvenes: Chari, tan entusiasta de la poesía, que sorprendió a la escritora y académica Carmen Conde, de visita en el aula, con sus comentarios y sus poemas; aquel chico callado y tímido que no regresó a la vuelta del verano, enredado en algas; aquel cuya muerte elegida, pasados unos años, nos sobrecogió a todos... Unos han hecho carreras brillantes y ejercen sus profesiones desperdigados por el mundo; otros van encontrando su sitio a fuerza de agotar contratos basura y de estar a la que salta. Los hay en la política, en los Morales o en la Arrixaca, en la administración, en las emisoras de radio, en res-

taurantes, en cafeterías, en despachos de abogados, en farmacias, en bibliotecas, en bancos, en multinacionales; hay vendedores ambulantes, taxistas, confiteros, representantes, arquitectos...; hasta profesores hay. Son cientos los jóvenes de Murcia que en estos veinticinco años han vivido muchas horas de su infancia en las aulas y patios de este centro que celebra este curso sus bodas de plata. Y todos tendrán sus buenos y malos recuerdos de escuela, sus amigos de entonces, sus secretillos, sus conocimientos básicos y primarios –esperemos– ligados al *Narciso Yepes*. Allí aprendieron a leer y tuvieron los primeros encuentros, casi inconscientes, con la ciencia, con el arte, con la música, con la escritura, con los libros...

También los profesores que iniciaron la andadura ilusionados ante un reto innovador recordarán las reuniones interminables, las tardes enteras discutiendo sobre programaciones y objetivos, planificando y organizando los espacios y los tiempos, las celebraciones especiales, las colaboraciones de los padres y los abuelos –recuerdo al profesor Muñoz Cortés contando un cuento en la clase de una de sus nietas–; los primeros programas de integración, las actividades del infatigable Pepe con los pequeños que no podían caminar–; el nacimiento de la biblioteca; la paciencia bonachona de D. Emilio, el conserje... Algunos tampoco están; temprana también fue la muerte de D. Antonio Moya, el profesor de música y director de coros. El paso del tiempo desperdigó a aquel grupo primero de profesores en otros centros, en otras instituciones, en otros trabajos, algunos ya disfrutando de la gozosa jubilación; ahora casi todos los profesores son otros, como son otros los chicos que disfrutan de las aulas veinticinco años después –siempre las mismas edades tempranas, siempre la misma fuente de juventud manando con ímpetu–. Han cambiado los programas de estudio, las leyes educativas; han cambiado los reglamentos, la terminología oficial, los horarios y hasta el nombre antiguo de “escuela” o el de “colegio”... Ahora, oficialmente, es un CEIP (un Centro de Enseñanza Infantil y Primaria, por si no lo sabían). Pero, denominaciones y planes de estudio aparte, el Narciso Yepes ya lleva veinticinco años enseñando a leer y a escribir y empieza a ser la primera referencia cultural de un buen montón de murcianos. ¡Felicidades y mucho ánimo!

Abril, 2003

Español para turistas

Estarán conmigo en que los idiomas extranjeros no son nuestro fuerte. O por lo menos, coincidirán en que la mayoría de los españoles tiene serias dificultades para comunicarse en otras lenguas –ni siquiera los últimos presidentes de gobierno, a los que se les supone una exquisita formación, hablan con cierta soltura otra lengua que no sea la materna–. ¡Con lo fácil que parece en los anuncios esos que aseguran que sin esfuerzo y en poco tiempo hablaremos, por ejemplo, alemán! Sí, sí, alemán... Diez o doce años estudiando inglés, o francés, y apenas logramos chapurrearlo y entenderlo, aunque hayamos aprendido de *memorieta* los listados de todos los pronombres o de las preposiciones propias e impropias, y aunque, eso sí, seamos capaces de leerlo y traducir lo escrito con cierta aproximación, siempre que el texto no tenga muchas complicaciones. Pero entenderse con un nativo es otra cosa, y acabamos echando mano de gestos y dibujos, y maldiciendo las horas dedicadas a traducir con el diccionario y a hacer ejercicios de frases condicionales. Y, por supuesto, en el extranjero, la mayoría no piensa en ir a un teatro, a una conferencia, o a ver una película si no está subtitulada. La enseñanza de los idiomas ha sido uno de los grandes fracasos de nuestro sistema educativo, ahora paliado un poco con los programas de intercambios europeos, los Comenius y los Erasmus, y con su inclusión en los currículos a edades más tempranas, casi en pre-escolar. Aún así, se siguen aplicando metodologías didácticas basadas en las gramáticas y en las estructuras gramaticales, mucha conjugación verbal, muchos ejercicios escritos y muy pocas audiciones y conversaciones, que es de lo que se trata; empezando por los profesores, que normalmente en las clases no utilizan el idioma que enseñan, pasando por

una insistencia absurda en lo escrito –ni siquiera en selectividad hay una prueba oral– y terminando por la ausencia de laboratorios de idiomas en los centros educativos; a todo lo cual se pueden añadir las pocas horas lectivas a la semana dedicadas a las lenguas extranjeras, los muchos alumnos en el aula, las complicaciones para usar las nuevas tecnologías y los demás problemas que arrastra la enseñanza...

En vista de todo lo anterior, no es extraño que, cuando viaja al extranjero, lo que en el fondo espera el españolito de a pie, conocedor de sus limitaciones idiomáticas, es que todo se lo den traducido, que para eso somos más de trescientos ochenta millones de hablantes repartidos por el mundo: desde las instrucciones que dan en el avión sobre las normas de seguridad –a ver por qué razón las dicen en inglés si todo el avión está lleno de compatriotas–, hasta las cartas de los restaurantes, que a uno le gusta saber qué es lo que va a comer... Y si entra en un museo, le gusta que las guías y las informaciones estén en la lengua de Cervantes, lengua que ya fuera de las fronteras pierde sus complejos y deja de llamarse con el específico castellano para ser español a secas. Lo malo es que en montones de sitios y de países, el español no aparece por ninguna parte. Está el inglés, el francés o incluso el japonés, pero el español brilla por su ausencia. Y se viaja en una suerte de sordera sonora y en un analfabetismo funcional, lamentablemente. Pero si tenemos la suerte de encontramos con el español, con demasiada frecuencia es un español lleno de errores y de incorrecciones. Así, en uno de los autobuses que hacen un recorrido turístico por la ciudad de Berlín, oíamos enlatada una dulce voz extranjera hablando un español con los acentos cambiados y las erres gangosas, participios irregulares hechos regulares (“ha volvido”, “escrito”...), y errores varios y múltiples (“el interno de la plaza”, “metros cubos”, “guerra mundial”, “doblando la izquierda”, “cambiamientos”, “vías muy señorial”...). Si fuera una nativa de carne y hueso, tendrían un pase los errores, pero en una grabación... No menos faltas encontramos en el folleto escrito en español que explicaba el bello palacio de **Sanssouci**, en Potsdam: bailes de bes y uves, de haches, de ges y jotas, de concordancias de género...

¿No hay Institutos Cervantes en Alemania –y en otros muchos países– para que gentilmente se ofrezcan a traducir las guías de los museos y de los lugares emblemáticos? ¿No podrían ser esos ejercicios prácticos para sus alumnos? ¿No se podría cuidar un poquito nuestra lengua en el extranjero, hacerla presente en los museos, hoteles, restaurantes, aeropuertos, estaciones...? ¿No podrían hacer algo las embajadas y los agregados culturales?

Agosto, 2007

Letra de médico

Todos, o casi todos, entienden que con la expresión “letra de médico” estamos aludiendo a una serie de garabatos ininteligibles en un papel, generalmente, claro está, relacionados con la medicina: una receta, una prescripción, unos informes sobre el estado de salud... Todos, o casi todos, y más de un farmacéutico, nos hemos encontrado en alguna ocasión con la dificultad de desentrañar el nombre de un medicamento, o los resultados de unas pruebas diagnósticas. No es éste un fenómeno exclusivo de España, ni de Europa. En EE.UU. se llega a investigar las repercusiones nefastas que esta mala práctica de la escritura ocasiona en los pacientes, contabilizándose hasta siete mil muertos anuales nada menos por diagnósticos mal entendidos o por la toma de medicamentos que no eran los verdaderamente recomendados. Se decía antes que de tanto escribir y escribir, y de tomar apuntes y apuntes, la letra de los estudiantes de Medicina se iba volviendo extraña y se iban perdiendo sus rasgos identificadores. Cuanto más sabio y más estudio, peor letra. Así pues, una buena razón justificaba el desbarajuste caligráfico. Un sambenito de la profesión médica que está dejando de ser exclusivo.

Resulta que ahora nuestros jóvenes, sin estudiar Medicina, y sin distinción de sexo, ya tienen letra de médico, y sus escritos, redacciones y exámenes se empiezan a parecer a jeroglíficos indescifrables. Con esto de que el péndulo de los métodos educativos va de un lado para otro, se perdió la costumbre de hacer caligrafía. O de explicar mínimamente la anatomía de las letras. En el olvido cayeron las letras inglesa, bastarda, cursiva, redondilla, magistral, procesal... Y no sólo eso: también se ha

dejado de enseñar a coger un lápiz adecuadamente y a dibujar los trazos de las letras en la secuencia lógica, que permita que la escritura fluya con elegancia y naturalidad. La libertad de que cada uno se apañe como pueda en esto de la escritura, potenciando la creatividad individual, hace posible que cada vez con más frecuencia se vean alumnos que cogen el bolígrafo con toda la mano, sobresaliendo la punta por debajo del dedo chico, el puño cerrado. O que lo apoyen entre los dedos anular y corazón, la mano crispada y la postura incorrecta. ¡Ay, las posturas para escribir, si habláramos de ellas! No es raro ver que escriben de abajo arriba en vez de izquierda a derecha, el folio o la libreta colocados en horizontal, retorcidos en el pupitre. El caso es que nos encontramos con los renglones torcidos, los márgenes olvidados, las letras vacilantes, unas veces apretadas, otras sueltas, mezcladas la chupada con la metida, las normas tipográficas elementales desconocidas. Cada vez con más frecuencia observamos que no se respetan las diferencias entre mayúsculas y minúsculas, y que se olvidan del asta (o palito) descendente de la efe o de la pe minúsculas, por ejemplo, y las ponen en medio de una palabra con la tipología de la mayúscula. “Es que yo siempre la hago así, y nadie me ha dicho nada”, suelen decir los alumnos cuando les indicas el error.

Las letras van perdiendo su identidad a pasos acelerados: de la “ge” minúscula olvidan su ojal, el bucle creado en el descendente y no cierran el trazo curvo de la parte superior; o se ignoran los puntos que van sobre la i o la jota. En fin, que no voy a seguir detallando los pormenores, pero prácticamente ninguna letra se va librando de este escarnio degenerativo, que unido a los errores ortográficos, a los tachones y a la nefasta pintura correctiva *tipex*, hacen de los escritos un verdadero galimatías.

Hace unos años el caos caligráfico era más frecuente en los chicos, tal vez porque la pulcritud y la armonía se consideraban rasgos femeninos, o porque ellos no tenían la asignatura de labores en su currículo. Y aquello tan práctico de dar puntaditas, hacer dobladillos o coser un botón mejoraba considerablemente la destreza manual y potenciaba el juego de la muñeca, la paciencia y la precisión. Ellas tenían mejor letra y además cuidaban lo que yo llamo la estética de la página. Pero ya, ahora, apenas se distinguen los escritos masculinos y femeninos. Todos unificados en el desbarajuste.

Las recetas de papel tienen sus días contados: la electrónica ha acabado con los problemas que ocasionaban la letra de médico...

Pero ¿qué hacemos con los chiquillos de la ESO?

Julio, 2008

La enseñanza en la calle

En un reciente viaje a París me han vuelto a impresionar los niños franceses en los museos. Ya me impresionaron a finales de los años setenta, la primera vez que los vi. La imagen alegre y sorprendente de niños pequeños en el metro, o por las calles, en fila, cogidos a largas cintas de colores, con sus maestros, no era habitual en la España de entonces. Y supongo que esa visión de los escolares en la calle habrá tenido que ver en mi idea de que la docencia no se debe limitar al aula, a la tiza y a la pizarra. Han pasado casi treinta años, han cambiado métodos y leyes educativas, pero también ahora me ha sorprendido seguir encontrado niños y adolescentes franceses por las calles, en los museos y en las exposiciones, sentados ante un cuadro, o ante una escultura, o ante un monumento, oyendo interesados y atentos las historias que les contaban sus profesores y tomando notas en sus cuadernos, disciplinadamente. Daba gusto mirarlos, ajenos ellos a los turistas y otras especies que pueblan los museos y los lugares del arte. Tardé en ver a los niños españoles en nuestros museos, y aún hoy, no se ven de forma generalizada, (qué vacíos y silenciosos suelen estar nuestros museos, por atractivos que sean) porque la mayoría de nuestros jóvenes termina la primaria y aún la E.S.O. sin conocerlos, sin tener noticia de las salas de exposiciones de su ciudad, de los monumentos más emblemáticos, o incluso sin haber pisado una biblioteca pública o un teatro en compañía de sus profesores.

Esta vez también me han sorprendido los niños en los jardines. Por las tardes se llenaban del bullicio de los juegos tradicionales: niños jugando al escondite, al *pillao*, con la tierra, con la comba, con coches de plásticos recorriendo caminos

inventados, con las peonzas o con los balones... Era un gozo ver las Tullerías pobladas de montones de niños correteando, en grupos de amigos, con risas, canciones y camaraderías, mientras los turistas, un poco más allá, hacían colas kilométricas para subir a la torre Eiffel. Hacía años que no me encontraba con esa escena feliz de tantos niños jugando, que ya casi no se ven en las plazas de las ciudades españolas –ni siquiera en los carteles electorales–. Por eso, cuando he oído que desde el gobierno (no sé cómo lo harán) van a potenciar que los niños vuelvan a jugar en la calle, me he alegrado con cierto escepticismo... ¡Si nuestros niños apenas saben jugar! Si se ha roto la cadena que transmitía los juegos y las canciones tradicionales. Y con ella las didácticas socializadoras que los juegos imponen. La televisión, las videoconsolas, la ausencia de normas sociales y la inseguridad ciudadana han terminado con los juegos en la calle. Con la suerte de dar, una dola, tela, catola... Y con todas las cantinelas que cantábamos para acompañar a los juegos infantiles, a la una la mula, o estaba el señor don gato.

Y tampoco es frecuente que los profesores se atrevan a sacar a sus alumnos a un museo, a una exposición, a ver las obras arquitectónicas de su ciudad, a leer en una biblioteca pública... Las conductas impropiedades de los chiquillos, que no aprenden a “estar” y los riesgos de que a un niño le ocurra algo durante la excursión, con las consiguientes querellas judiciales y penales que flotan amenazantes sobre las cabezas de los docentes, han logrado que se tilde de loco a aquel profesor que programa una salida con sus alumnos, por cerquita que sea.

En fin, hoy, con las nuevas tecnologías, la calle, los museos, los monumentos del mundo están al alcance de la mano. Incluso las canciones tradicionales. Internet ha permitido el milagro. Si no se sale al mundo, el mundo viene a ti. Pero también topamos con la falta de interés de muchos enseñantes (los ordenadores asustan a más de uno) y, sobre todo, con la ausencia de medios en las aulas. Porque las aulas de colegios e institutos siguen como en el siglo XV: pupitres, pizarra y tizas, libretas y libros de texto. Siguen saliendo generaciones de escolares que nunca han navegado por la red ni han buscado información en ella guiados por sus profesores. Se enseña de espaldas a las tecnologías, pero también a lo que ofrece el entorno; de espaldas a la realidad, en definitiva. La enseñanza sigue alejada del mundo y de la calle. ¿Hasta cuándo?

Septiembre, 2005

Todos quieren a Jessica

Que los niños ya no se llaman Antonio, José o Fulgencio ni las niñas Carmen, Pilar, Josefa, o Fuensanta es *una* realidad que se constata con mirar unos cuantos días seguidos la pequeña sección *Registro Civil* de este periódico: nacen Silvias, Nurias, Lauras, Davinias, Ivanes, Enmanueles, o Rubenes, y mueren Manolos, Dolores, Franciscos y Antonias... Los profesores que ya llevamos unos cuantos años ejerciendo en las aulas hemos asistido a una auténtica revolución antroponímica: los hijos ya no se llaman como sus padres y abuelos, ni tampoco como los santos patrones de la localidad. Y mucho menos, como los santos del día en que nacieron. Por eso ya es rarísimo encontrar a un Sebastián, Eulogio, Marcelo, o Bernardo, por citar los santos, no raros aún, de estos últimos días. Ahora se adquieren los nombres que salen en las películas, de los actores y actrices, preferentemente de Hollywood, o de los personajes de cualquier serie televisiva de éxito. Y hemos pasado a encontramos numerosas Noelias, Lorenas, Ana Belenes, Desireés, Vanessas y hasta un Kevin-Kosner, así como suena. Porque hay, además, una tendencia especial por los nombres compuestos: Antonio David, Joaquín Alejandro, José Víctor, Jorge Javier, Sandra Verónica...

Y parecerá que un nombre no tiene demasiada trascendencia, que no deja de ser un mero trámite burocrático con el que nos iniciamos en la vida, a pesar de lo que escribiera Óscar Wilde, hace más de cien años, en *La importancia de llamarse Ernesto*; que lo verdaderamente valorable es la personalidad del individuo que lo lleva. Pero no. El nombre manda romana, como mandan el físico, las tallas y las

ropas de marca. Vean, si no lo que ocurrió hace unos días en una clase de cuarto de la ESO.

Acabábamos de recibir un paquete de cartas de otro grupo de alumnos de un Instituto de Sevilla, con el que nos vamos a cartear. Las cartas no llevaban el destinatario especificado. Sólo los remitentes. Acordamos que los iríamos nombrando, y que cada alumno *escogería* a su correspondiente. Iba leyendo los nombres: Rocío, María, Ana, Fernando... y se iban levantando en buen orden, las manos de unos y otros, sin problema alguno. Caridad suscitó un silencio y una indecisión de unos cuantos segundos; pero salió un voluntario. A Gertrudis tuve que adjudicarla a la fuerza, sin miramientos –luego resultó que su carta era de las más simpáticas–. Y de pronto apareció Jessica –o Yésica– : fue un alboroto unánime, y una multitud de manos alzadas, que decían *para mí, para mí, para mí...* Todos querían a Jessica. ¿Por qué? No sabían explicar bien las razones, pero sin duda imaginaban a Jessica como la chica más guay de la clase, e incluso del Instituto. ¡Con ese nombre no podía ser de otra manera!

Y es que los nombres siguen aportando una significación de apoyo a quien lo lleva, pueden *resumir* los rasgos esenciales de la personalidad e incluso la actitud ante el mundo de quienes los impone en el registro civil. La elección de un nombre delata sin duda alguna el nivel social y cultural, y las tendencias de los valores éticos y estéticos predominantes. He conocido a hijos de exiliados de la guerra civil española que se llaman Libertad, Democracia, Génesis... Muchos padres medievales franceses, por ejemplo, elegían los nombres de Rolando –Roland– y Oliveros –Olivier– para sus hijos después de haber oído el famoso poema *La Chanson de Roland*, intentando ungirlos en la valentía y el arrojo, en la fidelidad hacia el amigo y en la fortaleza que poseía el héroe épico. Cervantes, como en tantas otras cosas, pone su dedo irónico en la llaga de la onomástica. Y algunos de sus personajes van cambiando de nombres a lo largo de la novela, adaptándose con ellos a las nuevas circunstancias del momento: El caballero *Don Quijote de la Mancha* fue antes el hidalgo Quijada, Quesada, Quejana, Quijana, Quijano... Y Aldonza Lorenzo, nombre vulgar y hasta repetido en refranes y connotaciones peyorativas (*A falta de moza, buena es Aldonza*) tuvo que llamarse Dulcinea del Toboso para convertirse así en la dama del héroe. Maestro en bautizar a sus personajes fue Pérez Galdós, que elegía con sumo cuidado la significación simbólica de los nombres (doña Perfecta, don Inocencio) y hasta de los apellidos (Gabriel Araceli...) y apodos (Flora, la Burlada). También Unamuno, y Clarín, y Cela... En *La Colmena*, por ejemplo, hay nombres trascendentales, extravagantes, ridículos, cursis, vulgares, que vienen como anillo al

dedo para políticos, artistas, señoras afectadas, gente del montón, o gente importante: Rafael Masasana, médico; Tesifonte Ovejero, veterinario; Ventura Aguado, opositor; Pepe, camarero... Pero una cosa son los personajes de los libros, y otra los de carne y hueso. Y, además, donde yo quería ir a parar es a la nueva valoración social de la onomástica, a los interesantes y curiosos cambios que se producen en el uso del santoral y a las motivaciones que mueven a padres y padrinos a elegir los nombres de las nuevas criaturas.

Estoy segura que dentro de unos años encontraremos en las aulas profusión de Penélopes, Ariadnas, Leticias, Aitanas, Leonardos, Froilanes, Alejandro, Ronaldos... y no inspirados precisamente en la mitología, en el arte, en la historia o en la literatura. Simplemente hay que ojear las páginas de las revistas del corazón, o seguir los programas de la tele... ¿A quién le importa los referentes culturales?

Enero, 2000

Í N D I C E

	<u>Página</u>
Prólogo de Mariano Caballero Carpena	7
1. ALUMNOS	11
¿Todos iguales?	13
Uniformes	17
Hacer un calvo.....	19
Entre la Juani y la Laura	21
Tangas, ombligos y normas	23
2. PROFESORES	25
Dr.: no soy nadie	27
Ser profesores	31
Pizarras de Plata	33
3. EUROPA Y LA EDUCACIÓN	35
Europa en las aulas	37
¿Han oído hablar de Comenius?	39
Murcia en Suecia	41
4. LAS TIC EN EDUCACIÓN	43
Aulas del siglo XXI.....	45
Cañones en las Aulas.....	47
Capítulo 1. Alumnos	125

5. DE LIBROS Y LECTURAS	51
Bibliotecas	53
Animar a leer	57
Bibliotecas Escolares: una cuestión sin resolver	61
Escritores en las aulas	63
Leer en clase	65
Los caminos al libro: ¿un camino de millones?.....	69
Mientras llega Harry.....	73
Ortografía	75
6. FRACASO ESCOLAR	79
Un anunciado fracaso escolar.....	81
Una radiografía del fracaso escolar.....	83
Suspensos aplaudidos	87
Al final de la cola	89
7. CONVIVENCIA ESCOLAR.....	93
La violencia silenciosa en el aula.....	95
Dos violencias en el aula	97
Estudiar a la fuerza.....	99
8. VARIOS	101
El bañador en las aulas	103
Con la educación seguimos topando	105
La educación en rama.....	107
Puertas abiertas	109
¿Por qué le enseñas “gracias”?.....	111
Veinticinco Años	113
Español para turistas.....	115
Letra de médico	117
La enseñanza en la calle.....	119
Todos quieren a Jessica	121

A pie de aula

(Artículos sobre educación)

El punto de vista de una profesora con una larga trayectoria en las aulas de los institutos de la Región de Murcia es, seguramente, de gran interés para todos los miembros de la comunidad educativa, incluidos los que no pertenecen a ella pero les interesa los asuntos de la educación en España. El propio título da una idea exacta de cuál es la perspectiva de Aurora Gil Bohórquez en estos artículos de indudable carácter periodístico, de una cierta actualidad, pero que, al mismo tiempo, profundizan en las grandes interrogantes, dudas y preocupaciones del actual sistema educativo y, sobre todo, de la presente actitud social ante el hecho de la educación.

